

NOCHES BLANCAS

FIÓDOR
DOSTOYEVSKI



EDITORES



EDITORES

Noches blancas

Fiódor Dostoievski

Traducción e Ilustraciones
de Luis Perozo Cervantes

Fiódor Dostoievski
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2026
PRIMERA EDICIÓN en Sultana del Lago

Obra de Dominio Publico

ISBN: 979-824-26-3974-4
Depósito Legal: ZU2026000002

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Traducción e ilustraciones realizada por Luis Perozo Cervantes,
con apoyo de herramientas de inteligencia artificial, bajo criterios
de revisión filológica y editorial.

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

Diseño de portada:
Luis Perozo Cervantes

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre Derecho de Autor, queda prohibido la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 *inidem*, constitutivos estos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Prólogo: Puente para una noche maravillosa

Un duende del Nevá —con las botas mojadas y un candil de luciérnagas— intenta despertar a la ciudad, llamándola por sus nombres secretos. Va rozando balcones, va rozando persianas, va rozando el corazón de un joven que todavía cree que el cielo puede hablarle. Al fallar en su conjuro, descubre que la ciudad responde mejor a la ensoñación que a la orden; descubre que la imaginación es un método para habitar la noche, y que la soledad no aguarda al final de la calle, aguarda dentro de la propia mirada. Esta fábula mínima resume el misterio de *Noches blancas*: leerla es encender un candil interior y salir, con él, a caminar por San Petersburgo.

Tesis. Este libro presenta la ensoñación como oficio de conocimiento: la imaginación no adorna la experiencia, la vuelca; y la soledad rusa que Fiódor Dostoievski supo escuchar en sus primeros años dialoga, todavía hoy, con el cansancio hiperconectado de nuestra contemporaneidad. Hace falta un puente —de lenguaje, de respiración, de escucha— entre la humanidad tecnocrática y la sensibilidad de aquel primer Dostoievski que ensayaba, con pudor y lucidez, una ética del corazón.

Pienso la lectura como palimpsesto. Pienso la ciudad como palimpsesto. Pienso la vida como palimpsesto. Leemos sobre huellas, caminamos sobre huellas, amamos sobre huellas; cada frase reescri-

be otras, cada rostro despierta antiguos rostros. *Noches blancas* se ofrece como la capa clara de ese pergamino: un “yo” anónimo que busca compañía en el borde de una ciudad que sueña despierta. La primera noche del libro lo anuncia con una transparencia inaugural: “Fue una noche maravillosa... El cielo estaba tan estrellado, tan luminoso, que al mirarlo uno no podía evitar preguntarse...”. La pregunta no reclama estadísticas, reclama alma; y ese llamado instala, desde la apertura, un pacto de ensoñación entre lector y narrador, un pacto que este volumen renueva con delicadeza y fervor.

Conviene presentar, entonces, al artesano de ese pacto. Fiódor Mijáilovich Dostoievski nació en Moscú en 1821, aprendiendo a temprana edad que la imaginación y el dolor suelen intercambiarse cartas. Ingeniero por formación y escritor por vocación, debutó con *Pobres gentes* y exploró, muy pronto, la fisura entre el orgullo y la ternura en *El doble* y *Humillados y ofendidos*. Una conspiración de amigos, una lectura en voz alta, un proceso sumario y el destierro a Siberia pusieron en su vida una firma de hielo y una luz de evangelio laico: desde allí volvería distinto, escribiendo *Memorias del subsuelo* con tinta de interioridad y, después, los grandes ríos oscuros de *Crimen y castigo*, *El idiota*, *Demonios* y *Los hermanos Karamázov*. En todos, late la misma brújula: comprender al ser humano cuando se queda solo con su conciencia. Esa brújula se afina en *Noches blancas*, donde la ternura aún se impone, donde la mirada se alza antes de juzgar, donde el amor se piensa como posibilidad y como prueba.

Bachelard llamó *ensoñación* a esa vigilia amable que el lector aprende a sostener cuando una imagen abre su casa: una forma de pensar con las manos abiertas, respirando. *Noches blancas* es una escuela de ensoñación porque convierte a San Petersburgo en interlocutora, porque transforma las fachadas en vecinas que saludan, porque la ciudad toma la palabra y el héroe la escucha. El protagonista conversa con la arquitectura, escucha los pasos de las dachas que se van, imagina biografías en los gestos ajenos y, en esa gimnasia de mirar con entrega, encuentra a Nastenka. No se trata de evasión, se trata de lucidez imaginante: la imaginación como herramienta ética, capaz de reconocer la dignidad de los seres y de las cosas. La ensoñación, aquí, tiene método: aprender a demorarse para que la realidad diga su matiz.

Ahora giremos la cara hacia nosotros. ¿Cómo se lee esta novela desde una sociedad que consulta pantallas antes que estrellas, que mide el día en notificaciones y cierra la noche con algoritmos? En la cultura tecnocrática, la imaginación suele quedar reducida a interfaz, a *render* impecable, a estímulo instantáneo. El protagonista de *Noches blancas* nos propone otra coreografía: caminar sin prisa, observar con lentitud activa, conceder al encuentro la dignidad de un rito. Mientras la época arregla la vida con promedios, Dostoievski la escucha con anécdotas; mientras la época cuantifica, él cualifica; mientras la época acelera, él dilata. Ese es el puente que este prólogo invita a cruzar: una educación de la atención y del afecto, capaz de re-humanizar la experiencia en medio de la eficiencia.

La soledad rusa que aparece aquí no equivale a aislamiento; es un clima del alma que vuelve a la ciudad un espejo poroso. No duele por estar vacíos de gente, duele por estar llenos de distancia. En esa clave, la novela nos enseña que la soledad se trabaja —como se trabaja el pan— mediante tres instrumentos: intención, sentimiento y hallazgo. Intención: disponerse a escuchar la noche que empieze. Sentimiento: permitir que un gesto mínimo conmueva la superficie del día. Hallazgo: nombrar lo descubierto con palabras justas que no clausuren, que abran. El lector que acepte este tríptico entrará al libro con la misma ceremonia íntima con la que el héroe levanta los ojos hacia el cielo de verano. Podemos leer *Noches blancas* como palimpsesto amoroso: sobre el pergamino de la ciudad, se superponen los rasgos de dos seres que aprenden a pronunciarse. Se superponen, además, capas de tradición: el cuento sentimental europeo, el romanticismo ruso, el realismo que asoma su disciplina. Dostoievski trabaja esas capas con una delicadeza que no necesita pirotecnia; le basta una esquina, un puente, una conversación, para encender el teatro moral más intenso. La novela hace de la compasión una técnica narrativa: la voz que narra se ofrece vulnerable, tiembla con sobriedad, confía en la música de sus pausas. Allí radica su novedad persistente: en demostrar que la imaginación ética no exige grandes escenarios, exige profundidad de mirada. “¿Puede la imaginación salvarnos?”, preguntaría Blanchot, sabiendo que toda salvación es un borde compartido. La respuesta de Dostoievski, en este

libro, suena baja y firme: la imaginación salva cuando se vuelve responsabilidad. Salva cuando reconoce, en el rostro del otro, un destino que no se administra como dato ni se desplaza como trámite. Salva cuando convierte la espera en ternura y la promesa en acto de presencia. Por eso esta obra sigue viva en nuestros días de hiperestímulo. Ofrece una práctica de humanidad que atraviesa épocas: detenerse a considerar, demorarse para cuidar, decir con exactitud para no herir.

El lector que hoy abre por primera vez a Dostoievski —y abre, con estas páginas, su primera puerta— encontrará aquí una llave amable. Luego vendrán las estancias más hondas y turbulentas, vendrán los dilemas que huelen a sótano, vendrán los monólogos que imantan conciencias. Este volumen enseña el alfabeto de esa casa. Invita, con una sonrisa crepuscular, a aprender el ritmo de las voces y la ética del detalle. Enseña que mirar bien es ya una forma de justicia. Por eso conviene comenzar con *Noches blancas*: porque aquí la ternura tiene gramática y la imaginación tiene método.

Quisiera proponer un rito de lectura —breve y preciso— para cruzar el puente. Primero: respirar tres veces antes de cada noche, dejándose abandonar por la prisa. Segundo: subrayar las frases que describen la ciudad, convirtiéndolas en espejo propio, dejando que la calle del lector se parezca, por un momento, a la Fontanka o al Nevá. Tercero: aceptar que la belleza puede llegar en voz baja, sin énfasis, y sostenerla con silencios atentos. Ese rito no pertenece al museo, pertenece a la vida diaria: basta salir al balcón,

saludar con la mirada a las casas, conversar con el anciano desconocido que repite su paseo. La novela educa ese gesto y lo vuelve hábito.

La humanidad tecnocrática ama los atajos. *Noches blancas* ofrece caminos. Caminar reduce la distancia con uno mismo, construyendo pasarela entre las cifras del mundo y las sílabas del corazón. Esa pasarela es la imaginación, trabajada con la disciplina de quien plancha una sábana antes de dormir. La novela enseña a planchar la noche para que el sueño despierte. Y cuando el sueño despierta, la soledad deja de ser un agujero y se convierte en plaza: sitio donde los encuentros suceden con delicadeza y responsabilidad.

Regresemos al duende inicial, que ahora mira el puente y, por fin, comprende su oficio. Comprende que la ciudad no se despierta con mandatos, se despierta imaginando; comprende que cada lector que abre este libro prende un candil que otros verán desde sus ventanas. De noche en noche, de capa en capa, el palimpsesto se ilumina. Y mientras la época calcula, nosotros recordamos —leyendo a Dostoievski, aprendiendo a demorarnos— que el cielo estrellado cabe también en el alma cuando la ensoñación la prepara, cuando la imaginación la enciende, cuando el lenguaje la sostiene. Este prólogo, entonces, no impone una tesis: tiende un puente. Al cruzarlo, cada quien escuchará su propia noche maravillosa y, quizá, sabrá decirla con la música justa.

Luis Perozo Cervantes
Maracaibo, 4 de enero de 2026





NOCHE PRIMERA

Fue una noche maravillosa, una de esas noches que solo pueden darse cuando somos jóvenes, querido lector. El cielo estaba tan estrellado, tan luminoso, que al mirarlo uno no podía evitar preguntarse: ¿es posible que bajo un cielo así vivan personas irascibles y caprichosas? Esta también es una pregunta joven, querido lector, muy joven; pero ¡quiera Dios que se le aparezca a usted en el alma con la mayor frecuencia posible!

Al pensar en esos señores caprichosos y malhumorados, no pude dejar de recordar mi conducta irreprochable durante todo aquel día. Desde muy temprano comenzó a atormentarme una extraña inquietud, una melancolía inexplicable. De pronto me pareció que a mí, que estaba solo, todos me abandonaban, que todos se apartaban de mí. Claro está que cualquiera tiene derecho a preguntar: ¿quiénes son esos “todos”? Porque ya hace ocho años que vivo en San Petersburgo y casi no he sabido entablar una sola relación. ¿Pero para qué necesito relaciones? A mí ya me es familiar toda San Petersburgo; precisamente por eso me pareció que todos me abandonaban cuando toda la ciudad se levantó de pronto y se fue al campo.

Me dio miedo quedarme solo, y durante tres días enteros vagué por la ciudad sumido en una profunda tristeza, sin comprender en absoluto qué me estaba ocurriendo. Fuera al Nevski, fuera a un jardín, o deambulando por la ribera, no encontraba ni un solo rostro de aquellos que estaba acostumbrado a

ver, año tras año, en el mismo lugar y a la misma hora. Ellos, claro está, no me conocen; pero yo sí los conozco. Los conozco bien; casi he estudiado sus fisonomías: me deleito cuando están alegres y me invade la melancolía cuando se les ensombrece el rostro.

Casi he entablado amistad con un anciano al que encuentro todos los días, a una hora determinada, en la Fontanka. Tiene un semblante grave, pensativo; siempre murmura algo entre dientes y agita la mano izquierda, mientras en la derecha sostiene un bastón largo y nudoso con un pomo dorado. Incluso él se ha fijado en mí y, por decirlo así, participa de mi vida interior. Estoy seguro de que, si alguna vez yo no apareciera a la hora acostumbrada en el mismo punto de la Fontanka, le sobrevendría una melancolía profunda. Por eso a veces casi nos saludamos, sobre todo cuando ambos estamos de buen humor. El otro día, después de no vernos durante dos jornadas enteras, al encontrarnos por fin al tercero, ya habíamos llevado las manos a los sombreros, pero por suerte reaccionamos a tiempo, las bajamos y pasamos uno junto al otro con mutua simpatía.

También me son familiares las casas. Cuando camino, cada una parece adelantarse por la calle, mirarme por todas sus ventanas y casi decirme: —Buenos días, ¿cómo está usted? Yo, gracias a Dios, sigo bien; en el mes de mayo me añadirán un piso más.

O bien:

—¿Cómo está usted? A mí mañana me reparan.

O incluso:

—Estuve a punto de quemarme, y vaya si me asusté. Entre ellas tengo mis preferidas, mis amistades cercanas; una de ellas, por ejemplo, piensa tratarse este verano con un arquitecto. Iré a verla todos los días, no vaya a ser que la estropeen durante la cura; ¡Dios la guarde!

Pero nunca olvidaré la historia de una casita encantadora, de un delicado color rosa claro. Era una casita de piedra tan linda, me miraba con tanta cordialidad y contemplaba con tanto orgullo a sus vecinos torpes y desmañados, que mi corazón se alegraba cada vez que pasaba junto a ella. De pronto, la semana pasada, paso por la calle, miro a mi amiga y escucho un grito lastimero: —¡A mí me pintan de amarillo!

¡Malvados! ¡Bárbaros! No perdonaron nada: ni columnas, ni cornisas; y mi amiga amarilleó como un canario. Casi se me derramó la bilis del disgusto, y hasta hoy no he sido capaz de volver a ver a mi pobre desfigurada, pintada del color del imperio celestial.

Así que, lector, ya comprende usted de qué manera conozco yo a todo San Petersburgo.

Ya he dicho que durante tres días enteros me atormentó una inquietud constante, hasta que logré adivinar su causa. En la calle me sentía mal (faltaba uno, faltaba otro, ¿dónde se habría metido aquel?), y en casa tampoco era yo mismo. Dos noches seguidas me pregunté qué era lo que faltaba en mi rincón, por qué me resultaba tan incómodo quedarme allí, y miraba con desconcierto mis paredes

verdes y ennegrecidas por el humo, el techo cubierto de telarañas que Matrena cultivaba con gran éxito; revisaba todos mis muebles, examinaba cada silla, pensando si no estaría allí el problema (porque basta que una silla no esté exactamente donde estaba ayer para que yo ya no sea el mismo), miraba por la ventana... y todo en vano. No me sentía mejor en absoluto.

Incluso se me ocurrió llamar a Matrena y hacerle allí mismo una reprimenda paternal por las telarañas y por su desaseo en general; pero ella solo me miró con asombro y se fue sin decir palabra, de modo que las telarañas siguen colgando tranquilamente hasta el día de hoy.

Por fin, solo esta mañana caí en la cuenta de lo que ocurría. ¡Ah! ¡se estaban escapando de mí al campo! Perdóneme usted la palabra trivial, pero no estaba yo para estilos elevados... porque todo cuanto había en San Petersburgo se había mudado o estaba mudándose al campo; porque todo caballero respetable de aspecto sólido que alquilaba un coche ante mis ojos se transformaba al instante en un respetable padre de familia que, tras sus ocupaciones diarias, partía ligero hacia el seno de su familia, a la dacha; porque ahora cada transeúnte tenía un aire especial, que casi parecía decirle a cualquiera que encontrara: “Nosotros, señores, estamos aquí solo de paso; dentro de dos horas partimos al campo”. ¿Se abría una ventana, tras la cual primero golpeaban unos deditos finos, blancos como el azúcar, y asomaba la cabecita de una joven bonita llamando al vendedor de macetas? Yo me imaginaba al ins-

tante que esas flores se compraban solo de paso, no para disfrutar de la primavera en el aire viciado del apartamento urbano, sino porque muy pronto todos se irían al campo y se las llevarían consigo.

Más aún: llegué a tal grado de perfección en mi nuevo y peculiar arte de observación que ya podía, sin equivocarme, determinar de un solo vistazo en qué dacha vivía cada cual. Los habitantes de las islas Kamenny y Aptekarski o de la carretera de Peterhof se distinguían por una elegancia estudiada, trajes veraniegos refinados y magníficos carruajes; los vecinos de Pargólovo y de lugares más alejados inspiraban desde el primer momento prudencia y solidez; los visitantes de la isla Krestovski se reconocían por su serenidad alegre e imperturbable.

Si me encontraba con una larga procesión de carreteros que avanzaban perezosamente con las riendas en la mano junto a carros cargados con montañas enteras de muebles, mesas, sillas, divanes turcos y no turcos y otros enseres domésticos, sobre los cuales, para colmo, solía ir sentada, en la cima del carro, una cocinera enclenque que custodiaba los bienes del amo como la niña de sus ojos; si veía las barcas pesadamente cargadas de utensilios domésticos que se deslizaban por el Nevá o la Fontanka rumbo al río Negro o a las islas, esos carros y esas barcas se multiplicaban por diez, por cien ante mis ojos; parecía que todo se había levantado y puesto en marcha, que todo emigraba en caravanas enteras al campo; parecía que todo San Petersburgo amenazaba con convertirse en un desierto, de modo que al final me sentí avergonza-

do, ofendido y triste: yo no tenía adónde ir ni para qué ir al campo. Estaba dispuesto a marcharme con cualquier carro, a irme con cualquier caballero respetable que alquilara un coche; pero nadie, absolutamente nadie, me invitó; como si se hubieran olvidado de mí, como si yo fuera realmente un extraño para ellos.

Caminé mucho y durante mucho tiempo, hasta que, como me sucede a menudo, terminé por olvidar por completo dónde estaba, cuando de pronto me encontré junto a la barrera de la ciudad. En el acto me sentí alegre, y crucé el portón, pasé el brazo de la barrera y eché a andar entre los campos sembrados y los prados; ya no oía el cansancio y sentía solo, con todo mi ser, que un peso se desprendía de mi alma. Todos los viajeros me miraban con tanta cordialidad que casi se diría que me saludaban; todos parecían contentos por algo, y sin excepción fumaban cigarros. Y yo estaba contento como nunca me había ocurrido. Era como si de pronto me hubiera encontrado en Italia: de tal modo me impresionó la naturaleza a mí, medio enfermo, habitante de ciudad, casi asfixiado entre las paredes urbanas.

Hay algo inexplicablemente conmovedor en nuestra naturaleza petersburguesa cuando, con la llegada de la primavera, de pronto muestra toda su fuerza, todas las energías que el cielo le concedió: se cubre de follaje, se engalana, se abigarra de flores... De algún modo, sin querer, me recuerda a esa muchacha enfermiza y delicada que a veces miras con lástima, a veces con una especie de amor

compasivo, y otras veces ni siquiera reparas en ella; pero que, de pronto, por un instante, como por accidente, se vuelve inexplicablemente, prodigiosamente hermosa, y tú, sorprendido, embriagado, te preguntas sin querer: ¿qué fuerza ha hecho brillar con tal fuego esos ojos tristes, pensativos? ¿qué ha llamado la sangre a esas mejillas pálidas y adelgazadas? ¿qué ha derramado pasión sobre esos rasgos delicados del rostro? ¿por qué se eleva así ese pecho? ¿qué ha suscitado tan de improviso la fuerza, la vida y la belleza en el rostro de la pobre muchacha, obligándolo a resplandecer con esa sonrisa, a animarse con esa risa chispeante, centelleante?

Miras a tu alrededor, buscas a alguien, lo adivinas... Pero el instante pasa, y quizá ya al día siguiente vuelves a encontrarte con la misma mirada pensativa y distraída de antes, con el mismo rostro pálido, con la misma docilidad y timidez en los movimientos, e incluso con arrepentimiento, con huellas de una tristeza y un fastidio que apagan, como si se reprochara el momentáneo arrebató... Y te da pena que tan pronto, tan irremediabilmente se marchitara aquella belleza instantánea; que tan engañosa y en vano fulgurara ante tus ojos, porque ni siquiera tuviste tiempo de amarla...

Y aun así, mi noche fue mejor que el día. Así fue como sucedió:

Regresé a la ciudad muy tarde, y ya habían dado las diez cuando me iba acercando a mi vivienda. Mi camino pasaba por la ribera del canal, donde a esa hora no encuentras un alma. Es verdad que yo vivo en la parte más apartada de la ciudad. Caminaba y

canturreaba, porque cuando soy feliz, inevitablemente tarareo algo para mí mismo, como cualquier persona feliz que no tiene amigos ni buenos conocidos y que, en un momento de alegría, no tiene con quién compartir su alegría. De pronto me ocurrió la aventura más inesperada.

A un lado, apoyada en la barandilla del canal, estaba de pie una mujer; inclinada sobre la reja, al parecer miraba con mucha atención el agua turbia del canal. Llevaba un sombrerito amarillo encantador y una mantilla negra coqueta. “Es una muchacha, y sin duda morena”, pensé. Parecía no haber oído mis pasos; ni siquiera se movió cuando pasé a su lado, conteniendo el aliento y con el corazón laténdome con fuerza. “¡Qué extraño! —pensé—. Debe de estar muy absorta en algo”, y de pronto me quedé clavado en el sitio. Me pareció oír un sollozo sordo. ¡Sí! No me había engañado: la muchacha lloraba, y al cabo de un minuto se oyó otro, y otro sollozo más. ¡Dios mío! Se me encogió el corazón. Y por tímido que sea yo con las mujeres, ¡aquello era un momento así...! Me volví, di un paso hacia ella y seguramente habría dicho: “¡Señora!”, si no hubiese sabido que esa exclamación se ha pronunciado ya mil veces en todas las novelas de sociedad rusas. Eso fue lo único que me detuvo. Mientras buscaba una palabra, la muchacha volvió en sí, miró hacia atrás, se sobresaltó, bajó los ojos y se deslizó junto a mí por la ribera. Yo me puse de inmediato a seguirla, pero ella lo advirtió, abandonó el malecón, cruzó la calle y echó a andar por la acera. Yo no me atreví a cruzar. Mi corazón temblaba como el de un pajarillo atrapado.

De pronto un incidente vino en mi ayuda.

Por el lado de la acera, no lejos de mi desconocida, apareció un señor de frac, de edad respetable, pero no puede decirse que de andar respetable. Caminaba tambaleándose y apoyándose con cautela en la pared. La muchacha, en cambio, avanzaba como una flecha, con prisa y recato, como caminan en general todas las muchachas que no quieren que alguien se ofrezca a acompañarlas de noche a casa; y, por supuesto, el señor bamboleante jamás la habría alcanzado si el destino no le hubiera sugerido recurrir a medios artificiales. De pronto, sin decir palabra a nadie, mi señor arranca de golpe y se lanza con todas sus fuerzas: corre, persigue a mi desconocida. Ella iba como el viento, pero el tambaleante señor la alcanzaba, la alcanzó; la muchacha gritó... y yo bendigo al destino por el excelente bastón nudoso que, aquella vez, resultó estar en mi mano derecha. En un instante estuve al otro lado de la acera; en un instante el señor inoportuno comprendió de qué se trataba, tomó en consideración una razón irresistible, calló, se quedó atrás y solo cuando ya estábamos muy lejos protestó contra mí con términos bastante enérgicos. Pero sus palabras apenas nos llegaron.

—Deme su brazo —le dije a mi desconocida—, y él ya no se atreverá a importunarnos.

Ella me dio su brazo en silencio; aún le temblaba por la agitación y el miedo. ¡Oh, señor inoportuno! ¡cómo te bendije en aquel instante! La miré de reojo: era encantadora y morena; había acertado. En sus pestañas negras aún brillaban lagrimitas del

susto reciente o de un dolor anterior, no lo sé; pero en sus labios ya relucía una sonrisa. Ella también me miró de soslayo, se ruborizó un poco y bajó los ojos.

—Ya ve, ¿por qué me apartó usted entonces? Si yo hubiera estado allí, nada habría sucedido...

—Pero yo no lo conocía; pensé que usted también...

—¿Y acaso ahora me conoce?

—Un poco. Por ejemplo, ¿por qué tiembla usted?

—¡Ah, lo ha adivinado a la primera! —respondí, entusiasmado de que mi muchacha fuera inteligente: eso, además de hermosa, nunca estorba—. Sí, de un primer vistazo ha adivinado con quién trata. Exactamente: soy tímido con las mujeres; estoy nervioso, no lo niego, no menos de lo que lo estaba usted hace un minuto, cuando ese señor la asustó... Ahora mismo estoy como asustado. Es como un sueño: ni siquiera en sueños imaginé que algún día hablaría con una mujer cualquiera.

—¿Cómo? ¿de veras...?

—Sí; si mi mano tiembla, es porque nunca antes había estrechado una manita tan bonita como la suya. Me he desacostumbrado de las mujeres; es decir, en realidad nunca me acostumbré a ellas; estoy solo... Ni siquiera sé cómo hay que hablarles. Y ahora mismo no sé si le he dicho alguna tontería. Dígamelo sin rodeos: le advierto que no soy susceptible...

—No, nada, nada; al contrario. Y ya que usted quiere que yo sea franca, le diré que a las mujeres les gusta esa timidez; y si quiere saber más, a mí

también me gusta, y no lo apartaré de mí hasta llegar a casa.

—Usted hará conmigo —empecé, sin aliento de entusiasmo—, que deje de ser tímido de inmediato, y entonces... ¡adiós a todos mis recursos!

—¿Recursos? ¿Qué recursos, para qué? Eso sí que está mal.

—Perdón, no lo diré más; se me escapó. Pero ¿cómo quiere que en un momento así no surja el deseo...

—¿De agradar, quizá?

—Sí; por Dios, sea buena. Piense quién soy yo: ya tengo veintiséis años y nunca he visto a nadie. ¿Cómo voy a saber hablar bien, con soltura y a propósito? A usted le convendrá más que todo esté claro, a la vista... No sé callarme cuando el corazón habla en mí. En fin, da igual... ¿Me creerá? Ni una sola mujer, nunca, nunca. Ninguna relación. Y solo sueño cada día con que, por fin, algún día me encuentre con alguien. ¡Ah, si usted supiera cuántas veces me he enamorado así...!

—¿Pero cómo? ¿de quién, entonces?

—De nadie: de un ideal, de la que se me aparece en sueños. En mis fantasías invento novelas enteras. ¡Oh, usted no me conoce! Claro que, de algún modo, sí: me he cruzado con dos o tres mujeres, pero ¿qué mujeres? Son todas unas amas de casa, de esas que... En fin, se reirá de mí, pero le contaré que varias veces he pensado en acercarme y hablar, así sin más, con alguna aristócrata en la calle, por supuesto cuando estuviera sola; hablarle, claro, con timidez, con respeto, con pasión; decirle que me

pierdo en la soledad, que no me rechace, que no hay modo de conocer a una mujer; hacerle comprender que es deber de una mujer no rechazar la súplica tímida de un desdichado como yo. Que, en definitiva, todo cuanto le pido consiste solo en que me diga dos palabras fraternas, con simpatía; que no me ahuyente en el primer paso; que me crea; que me escuche; que se ría de mí, si quiere; que me anime; que me diga dos palabras, solo dos; y después, aunque no volvamos a vernos nunca... Pero usted se ríe... En todo caso, lo digo por eso...

—No se enoje; me río porque usted es su propio enemigo, y si lo intentara, quizá hasta lo lograría, aunque fuera en la calle. Cuanto más sencillo, mejor... Ninguna mujer buena, si no es tonta o si en ese momento no está especialmente irritada por algo, se decidiría a despedirlo sin esas dos palabras que usted pide con tanta timidez. Pero ¿qué digo yo? Claro, lo tomaría por loco. Juzgo por mí. Yo misma sé muy poco de cómo vive la gente en el mundo.

—¡Oh, gracias! —grité—. ¡Usted no sabe lo que acaba de hacer por mí!

—Está bien, está bien. Pero dígame: ¿por qué supo usted que yo era una mujer con la que... bueno, a la que consideró digna de... atención y amistad? En suma, que no era un ama de casa, como usted las llama. ¿Por qué se decidió a acercarse?

—¿Por qué? ¿por qué? Pues porque usted estaba sola, ese señor era demasiado atrevido, ahora es de noche... convendrá conmigo en que es un deber...

—No, no, antes todavía, allí, del otro lado. Usted

quería acercarse a mí.

—¿Allí, del otro lado? La verdad, no sé cómo con-
testar; me da miedo... ¿Sabe? Hoy fui feliz; cami-
naba cantando; estuve fuera de la ciudad; nunca
me habían ocurrido momentos tan felices. Us-
ted... quizá me pareció... En fin, perdóneme si lo
menciono: me pareció que usted lloraba, y yo... yo
no pude oírlo... se me encogió el corazón... ¡Oh,
Dios mío! En fin, ¿acaso no podía apenarme por
usted? ¿acaso era pecado sentir por usted una com-
pasión fraterna?... Perdón: he dicho compasión...
En fin, dicho de otro modo, ¿podía yo ofenderla
por el simple hecho de que, sin querer, se me ocu-
rriera acercarme a usted?...

—Déjelo, basta, no diga más... —dijo la mucha-
cha, bajando los ojos y apretándose la mano—.
La culpa es mía por haberlo mencionado. Pero me
alegro de no haberme equivocado con usted...
Mire, ya estoy en casa; debo entrar por aquí, en ese
callejón; son dos pasos... Adiós, gracias...

—¿Entonces... entonces nunca más volveremos a
vernos? ¿Así se quedará esto?

—Verá —dijo riendo la muchacha—: usted prime-
ro quería solo dos palabras, y ahora... Pero, en fin,
no le diré nada... Quizá nos encontremos...

—Vendré aquí mañana —dije—. Oh, perdóneme,
ya estoy exigiendo...

—Sí, usted es impaciente... casi exige...

—¡Escuche, escuche! —la interrumpí—. Perdón-
neme si vuelvo a decir algo así... Pero es que no
puedo no venir mañana. Soy un soñador; tengo tan
poca vida real que momentos como este, como el

de ahora, los vivo tan raramente que no puedo evitar repetirlos después en mis fantasías. Soñaré con usted toda la noche, toda la semana, todo el año. Vendré sin falta aquí mañana, precisamente aquí, en este mismo lugar, a esta misma hora, y seré feliz recordando lo de hoy. Este sitio ya me es querido. Tengo ya dos o tres lugares así en San Petersburgo. Incluso una vez lloré de recuerdos, como usted... Quién sabe: quizá usted también, hace diez minutos, lloraba de recuerdos... Pero perdóneme, me he olvidado otra vez: quizá usted fue alguna vez especialmente feliz aquí.

—Está bien —dijo la muchacha—, quizá venga aquí mañana, también a las diez. Veo que ya no puedo prohibírselo... La cuestión es que yo necesito estar aquí; no piense que le estoy citando, se lo advierto: necesito estar aquí por mí. Pero... bueno, se lo diré con franqueza: no estará mal si usted viene también; primero, porque podrían volver a suceder cosas desagradables, como hoy, aunque eso es aparte... En fin, simplemente me gustaría verlo... para decirle dos palabras. Solo que, mire: no me juzgue ahora; no piense que pongo citas con tanta facilidad... Yo las pondría si... Pero dejemos que esto sea mi secreto. Solo, de antemano, un acuerdo...

—¡Un acuerdo! ¡Hable, diga, dígallo todo de antemano! ¡Estoy de acuerdo con todo, estoy listo para todo! —exclamé entusiasmado—. Respondo por mí: seré obediente, respetuoso... usted ya me conoce...

—Precisamente porque lo conozco, lo invito para

mañana —dijo riendo la muchacha—. Lo conozco perfectamente. Pero mire: venga con una condición. Primero (solo sea tan amable de cumplir lo que le pido; verá, hablo con franqueza), no se enamore de mí... Eso no puede ser, se lo aseguro. Para la amistad estoy dispuesta: aquí tiene mi mano... Pero enamorarse no puede, se lo ruego.

—¡Se lo juro! —grité, apretándole la manita...

—Vamos, no jure; yo ya sé: usted es capaz de prenderse como pólvora. No me juzgue por hablar así. Si usted supiera... Yo tampoco tengo a nadie con quien hablar, a quien pedir consejo. Claro que no voy a buscar consejeros en la calle, y usted es una excepción. Yo lo conozco tan bien como si hubiéramos sido amigos veinte años... ¿Verdad que no me va a traicionar?

—Lo verá... aunque no sé cómo voy a vivir siquiera un día.

—Duerma bien; buenas noches. Y recuerde que ya me he confiado a usted. Pero usted exclamó hace un momento tan bien: “¿acaso hay que rendir cuentas por cada sentimiento, incluso por la compasión fraterna?”. ¿Sabe? Lo dijo de tal modo que de inmediato me cruzó la idea de confiarme a usted...

—Por Dios... ¿en qué? ¿qué?

—Hasta mañana. Que por ahora sea un secreto. Mejor para usted: desde lejos parecerá una novela. Quizá mañana mismo se lo diga, o quizá no... Primero hablaré con usted, nos conoceremos mejor...

—¡Oh, mañana mismo le contaré todo sobre mí!

Pero ¿qué es esto? Es como si me estuviera ocurriendo un milagro... ¿Dónde estoy, Dios mío? Dígame: ¿de verdad no está usted disgustada de no haberse enfadado como lo haría otra, de no haberme rechazado desde el principio? Dos minutos, y me ha hecho feliz para siempre. Sí, feliz. Quién sabe: quizá me ha reconciliado conmigo mismo, ha resuelto mis dudas... Quizá me sobrevienen momentos así... En fin, mañana le contaré todo, usted lo sabrá todo, todo...

—Está bien, lo acepto; y usted empezará...

—De acuerdo.

—¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana!

Y nos separamos. Caminé toda la noche; no podía decidirme a volver a casa. Era tan feliz... ¡hasta mañana!





NOCHE SEGUNDA

—Bueno, ¡hasta aquí hemos llegado! —me dijo ella riendo, mientras me estrechaba ambas manos con entusiasmo—. ¡Llevo ya dos horas aquí; usted no sabe lo que me ha pasado en todo el día!

—Lo sé, lo sé... —respondí—, pero vayamos al grano. ¿Sabe usted para qué he venido? No es para decir disparates como ayer. Mire: tenemos que actuar con más sensatez. Ayer pensé mucho en todo esto.

—¿En qué, en qué ser más sensatos? Por mi parte, estoy dispuesto; pero, francamente, nunca me ha ocurrido nada más sensato que lo que me está ocurriendo ahora.

—¿De veras? Primero: le ruego que no me apriete así las manos. Y segundo: le anuncio que hoy he estado pensando largo rato en usted.

—Bueno, ¿y en qué terminó?

—¿En qué terminó? Terminó en que hay que empezar de nuevo, porque al final de todo he decidido hoy que usted todavía me es completamente desconocido; que ayer me comporté como una criatura, como una niña, y, por supuesto, resultó que de todo tuvo la culpa mi buen corazón; es decir, me he elogiado a mí misma, como siempre ocurre cuando empezamos a examinarnos. Y así que, para corregir el error, he decidido averiguar sobre usted del modo más minucioso posible. Pero como no hay nadie a quien preguntarle por usted, tendrá que contármelo usted mismo: todo, con pelos y señales. Bueno, ¿qué clase de persona es usted? Vamos, deprisa: empiece ya, cuénteme su historia.

—¿Mi historia?! —grité yo, asustado—. ¿Historia?! ¿Pero quién le ha dicho que yo tenga historia? Yo no tengo historia...

—¿Y cómo ha vivido, entonces, si no hay historia? —me interrumpió riéndose.

—¡Sin historia alguna! Así... he vivido, como solemos decir, por mi cuenta; es decir, completamente solo... solo, solo del todo. ¿Entiende lo que es estar solo?

—¿Cómo “solo”? ¿O sea que usted a nadie ha visto nunca?

—Oh, no; ver, sí veo... pero sigo estando solo.

—¿Entonces no habla con nadie?

—En sentido estricto, con nadie.

—Pero ¿quién es usted, entonces? ¡Explíquese! Espere, lo adivino: usted tendrá una abuela, como yo. Ella es ciega y en toda mi vida no me ha dejado ir a ninguna parte, de modo que casi he desaprendido a hablar. Y cuando hace unos dos años me porté mal, ella vio que ya no podía sujetarme, me llamó, me prendió el vestido al suyo con un alfiler... y desde entonces así vivimos, sentadas todo el día: ella teje una media, aunque es ciega; y yo, a su lado, me siento, coso o le leo un libro en voz alta... Es una costumbre tan rara, que llevo ya dos años “prendida”...

—¡Ay, Dios mío, qué desgracia! No, no; yo no tengo una abuela así.

—¿Y si no la tiene, cómo puede quedarse en casa sentado?...

—Escuche: ¿quiere saber quién soy?

—¡Pues claro, claro!

—¿En el sentido estricto de la palabra?

—¡En el sentido más estricto!

—Pues bien: yo soy un tipo.

—¡Un tipo, un tipo! ¿Qué tipo? —gritó la muchacha, soltando una carcajada como si hubiese pasado un año entero sin conseguir reír—. ¡Con usted es divertidísimo! Mire: aquí hay un banco; sentémonos. Aquí no pasa nadie, nadie nos oirá, y... empiece su historia. Porque no me convencerá de que usted no tenga historia: usted la tiene, solo que se esconde. Primero, ¿qué es eso de “tipo”?

—¿Tipo? Un tipo es un original, es un hombre así, gracioso... —respondí yo, riéndome también, contagiado por su risa infantil—. Es un carácter. Escuche: ¿sabe usted qué es un soñador?

—¿Un soñador? ¡Cómo no voy a saberlo! ¡Yo misma soy soñadora! A veces una está sentada junto a la abuela y se le ocurre de todo. Y entonces una empieza a soñar y a pensar y a pensar... y bueno, pues, termino casándome con el príncipe chino... Y otras veces eso, soñar, es bueno. No... en fin, ¡Dios sabrá! Sobre todo cuando ya hay motivos para pensar sin necesidad de soñar —añadió esta vez bastante seria.

—¡Excelente! Si usted ya se casó con el bogdiján chino, entonces me entenderá perfectamente. Escuche... pero espere: todavía no sé cómo se llama usted.

—¡Por fin! ¡Y vaya que se acordó tarde!

—¡Dios mío! Ni se me pasó por la cabeza; yo estaba tan bien así...

—Me llamo... Nastenka.

—¡Nastenka! ¿Y nada más?

—¡Nada más! ¿Y acaso le parece poco, insaciable usted?

—¿Poco? ¡Mucho, mucho, al contrario! Muchísimo, Nastenka; ¡es usted una buena muchacha si desde el primer momento, para mí, ya es Nastenka!

—¡Eso es! Bueno, siga.

—Pues bien, Nastenka, escuche qué historia tan graciosa sale de aquí.

Me senté a su lado, adopté una pose pedantescamente seria y empecé como si lo leyera de un texto:

—Hay, Nastenka —si es que usted no lo sabe—, rincones bastante extraños en San Petersburgo. A esos lugares parece que no llega el mismo sol que alumbra a todos los petersburgueses, sino otro sol, nuevo, como hecho a propósito para esos rincones, y que ilumina todo con una luz distinta, especial. En esos rincones, mi querida Nastenka, se vive como una vida completamente distinta, no parecida a la que hierve a nuestro alrededor: una vida que podría darse en un reino desconocido de los cuentos, y no aquí, en nuestro tiempo serio, serísimo. Y esa vida es una mezcla de algo puramente fantástico, ardientemente ideal, y al mismo tiempo —¡ay, Nastenka!— opacamente prosaico y ordinario, por no decir: de una vulgaridad increíble.

—¡Uf! ¡Dios mío, qué prólogo! ¿Y eso es lo que voy a oír?

—Oirá usted, Nastenka —y me parece que nunca me cansaré de llamarla Nastenka—, oirá usted que en esos rincones viven personas extrañas: soñadores. El soñador —si se necesita una definición detallada— no es un hombre, sino, ¿sabe?, una criatura

de género neutro. Casi siempre se instala en algún rincón inaccesible, como si se escondiera allí incluso de la luz del día; y una vez que se mete en su rincón, se le pega como un caracol. O, por lo menos, en esto se parece muchísimo a ese animal curioso que es a la vez animal y casa, y que se llama tortuga.

¿De qué cree usted que le vienen tantas ganas de sus cuatro paredes, inevitablemente pintadas de verde, ennegrecidas por el humo, lúgubres y, lo que es más, indecentemente ahumadas? ¿Por qué ese señor tan gracioso, cuando lo visita alguno de sus raros conocidos (y al final resulta que se le acaban todos los conocidos), por qué recibe al visitante tan avergonzado, tan cambiado de cara y tan turbado, como si acabara de cometer un crimen dentro de sus cuatro paredes, como si hubiera fabricado billetes falsos o escrito unos versitos para enviarlos a una revista con una carta anónima donde se anuncia que el verdadero poeta ya ha muerto y que un amigo considera deber sagrado publicar sus rimas? Dígame, Nastenka, ¿por qué no encaja la conversación entre esos dos interlocutores? ¿Por qué ni la risa ni una palabra viva, suelta, saltan de pronto de la lengua del amigo que entra, desconcertado, siendo que en otras circunstancias le gustan tanto la risa y las palabras vivas, y conversar sobre el bello sexo y otros asuntos alegres? ¿Por qué, en fin, ese amigo —probablemente de conocimiento reciente— se embaraza tanto ya en la primera visita (porque una segunda ya no habrá: el amigo no volverá), por qué se queda tieso, se petrifica, pese a todo su ingenio (si es que lo tiene), mirando la cara trastornada del

anfitrión, quien, por su parte, ya ha terminado por perderse del todo y quedarse sin brújula, después de esfuerzos gigantescos pero inútiles por alisar y colorear la charla, por mostrar a su vez maneras, por hablar también del bello sexo y gustar, aunque sea con esa docilidad, al pobre hombre que se ha equivocado de puerta y ha venido a visitarlo?

¿Por qué, por fin, el invitado agarra de pronto el sombrero y se va a toda prisa, recordando de golpe un asunto urgentísimo que nunca existió, y como puede consigue zafarse la mano de los apretados, ardorosos apretones del dueño de casa, que hace todo lo posible por mostrar arrepentimiento y reparar lo perdido? ¿Por qué el amigo que se va se ríe al salir, se promete en ese mismo instante no volver jamás a casa de ese excéntrico, aunque ese excéntrico, en el fondo, sea un tipo excelente; y sin embargo no puede impedirse un pequeño capricho de imaginación: comparar, aunque sea de lejos, la fisonomía del interlocutor durante toda la visita con la de aquel pobre gatito al que los niños han estrujado, asustado y ultrajado, capturándolo traidoramente; lo han humillado hasta hacerlo esconderse bajo una silla, en la oscuridad, donde pasa una hora entera obligado a erizarse, bufar y lavarse con las dos patas el hocico ofendido, y aún mucho tiempo después mira con hostilidad la naturaleza y la vida, e incluso el men-drugo del almuerzo señorial que la ama de llaves, compasiva, le ha guardado?

—Escuche —me interrumpió Nastenka, que me había estado oyendo todo el tiempo con asombro, con los ojos y la boquita abiertos—: yo no entien-

do por qué ha ocurrido todo eso ni por qué me hace a mí esas preguntas tan graciosas; pero lo que sí sé con seguridad es que todas esas aventuras le han ocurrido a usted, palabra por palabra.

—Sin duda —respondí con la expresión más seria.

—Bueno, si sin duda, entonces siga —dijo Nastenka—, porque me muero por saber en qué termina.

—¿Quiere usted saber, Nastenka, qué hacía en su rincón nuestro héroe —o mejor dicho, yo, porque el héroe de todo esto soy yo, mi modestísima persona—; quiere saber por qué me sobresalté tanto y quedé trastornado todo el día por la visita inesperada de un amigo? ¿Quiere saber por qué me espanté así, por qué me puse rojo cuando abrieron la puerta de mi cuarto, por qué no supe recibir al visitante y me hundí tan vergonzosamente bajo el peso de mi propia hospitalidad?

—¡Sí, sí! —respondió Nastenka—. De eso se trata. Escuche: usted cuenta maravillosamente, pero ¿no podría contar de alguna manera menos maravillosa? Usted habla como si estuviera leyendo un libro.

—¡Nastenka! —respondí con voz grave y severa, conteniendo la risa—: querida Nastenka, yo sé que cuento maravillosamente, pero... perdóneme: de otro modo no sé contar. Ahora, querida Nastenka, me siento como el espíritu del rey Salomón, que estuvo mil años encerrado en una vasija bajo siete sellos y al que por fin le han quitado esos siete sellos. Ahora, querida Nastenka, que nos hemos encontrado de nuevo tras una separación tan larga —porque yo ya la conocía desde hace tiempo, Nastenka; porque yo buscaba a alguien desde hace

tiempo, y eso significa que la buscaba a usted, y que estaba escrito que ahora debíamos vernos—, ahora se me han abierto en la cabeza mil válvulas, y tengo que derramarme en un río de palabras; si no, me ahogo. Así que le ruego, Nastenka, que no me interrumpa y que escuche sumisa y obediente; si no... me callo.

—No, no, no... ¡De ningún modo! ¡Hable! Ahora no diré ni una palabra.

—Sigo: hay, amiga mía Nastenka, una hora en mi día que me encanta. Es la hora en que casi todos los trabajos, cargos y obligaciones concluyen, y todos se apresuran a ir a casa a comer, a tumbarse un rato, y en el camino ya van inventando otros temas alegres para la tarde, la noche y todo el tiempo libre que queda. A esa hora, nuestro héroe —porque permítame, Nastenka, que cuente en tercera persona; en primera me da una vergüenza terrible—, a esa hora nuestro héroe, que tampoco está del todo desocupado, camina como los demás. Pero en su rostro pálido, un poco como arrugado, juega un extraño sentimiento de placer. Mira con interés la claridad del atardecer que se apaga lentamente en el frío cielo de San Petersburgo. Cuando digo “mira”, miento: no mira, sino que contempla de un modo inconsciente, como si estuviera cansado o, al mismo tiempo, ocupado en otra cosa más interesante, de modo que solo de soslayo, casi sin querer, concede atención al entorno.

Está contento porque ha terminado, hasta mañana, con los asuntos que le fastidian, y se alegra como un escolar al que han soltado del pupitre para ir a sus

juegos favoritos y travesuras. Mírelo de perfil, Nastenka: verá de inmediato que ese sentimiento alegre ya ha obrado felizmente sobre sus nervios débiles y su fantasía enferma y excitada. Mire: está pensando en algo... ¿Cree usted que en la comida? ¿En la velada de hoy? ¿En qué fija la vista? ¿En ese señor de aspecto sólido que se inclinó con tanta solemnidad ante la dama que pasó en una carroza brillante, tirada por caballos fogosos? No, Nastenka: ¿qué le importan ahora esas menudencias? Ahora ya es rico con su vida particular; de pronto se ha vuelto rico, y el rayo de despedida del sol que se extingue no ha brillado en vano ante él, provocando en su corazón calentado un enjambre entero de impresiones.

Ahora apenas nota el camino en el que antes lo más mínimo podía impresionarlo. Ahora la “diosa Fantasía” —si ha leído usted a Zhukovski, querida Nastenka— ya ha tejido con mano caprichosa su urdimbre de oro y se ha puesto a desplegar ante él los dibujos de una vida inaudita, extraña; y quién sabe si con esa misma mano caprichosa no lo habrá trasladado al séptimo cielo cristalino desde la excelente acera de granito por la que va de vuelta a casa.

Intente detenerlo ahora, pregúntele de golpe dónde está, por qué calles ha pasado: con seguridad no recordará nada, ni por dónde caminó ni dónde está ahora; y, enrojeciendo de fastidio, inventará alguna mentira para salvar las apariencias. Por eso se estremeció tanto, casi gritó y miró alrededor asustado cuando una viejecita muy respetable lo detuvo cortésmente en mitad de la acera y empezó a preguntarle por el camino que había perdido.

Frunciendo el ceño de disgusto, sigue caminando, apenas notando que más de un transeúnte le ha sonreído al mirarlo y se le ha vuelto detrás, y que alguna niñita que le cedió el paso con timidez se echó a reír a carcajadas, mirándolo con ojos enormes ante su amplia sonrisa contemplativa y sus gestos con las manos. Pero la fantasía, en su vuelo juguetón, se llevó también a la anciana, a los curiosos transeúntes, a la niña risueña, y a los mujiks que allí mismo cenan en sus barcas que atestan la Fontanka (supongamos que por allí pasaba nuestro héroe); los tejió a todos y a todo en su trama, como moscas en una telaraña, y con esa nueva adquisición el excéntrico ya ha entrado en su grata madriguera, ya se ha sentado a comer, ya hace rato que ha comido, y solo despierta cuando Matrena —pensativa y eternamente triste, la que le sirve— ya ha recogido todo de la mesa y le ha traído la pipa. Despierta y recuerda, con asombro, que ya ha comido, sin darse cuenta de cómo sucedió.

En el cuarto ha oscurecido; en su alma hay vacío y tristeza; un reino entero de ensueños se derrumba a su alrededor, se derrumba sin huella, sin ruido ni estrépito, pasa como un sueño, y él mismo ya no recuerda qué imaginó. Pero una sensación oscura, que le hace doler suavemente el pecho y lo inquieta; un deseo nuevo, tentador, le cosquillea y le irrita la fantasía y convoca sin que él lo note un enjambre de nuevos espectros. En el cuartito reina el silencio; el aislamiento y la pereza acarician la imaginación; se enciende un poco, empieza a hervir apenas, como el agua en la cafetera de la vieja

Matrena, que trajina tranquila al lado, en la cocina, preparando su café de cocinera.

Ya rompe en pequeños destellos; y el libro tomado sin motivo, al azar, se cae de las manos de mi soñador antes de llegar a la tercera página. Su imaginación vuelve a estar afinada, excitada, y de pronto se abre otro mundo, otra vida nueva, encantadora, que brilla ante él con su perspectiva resplandeciente. ¡Un sueño nuevo, una felicidad nueva! ¡Otra dosis del veneno refinado y voluptuoso! Oh, ¿qué le importa nuestra vida real? Para su mirada comprada, nosotros, Nastenka, vivimos con pereza, despacio, flácidamente; a sus ojos todos estamos tan descontentos con el destino, tan cansados de nuestra vida... Y en verdad, mire: a primera vista todo entre nosotros es frío, sombrío, como si estuviera enfadado...

“¡Pobres!”, piensa mi soñador. Y no es extraño que lo piense. Mire esos espectros hechizados que se componen ante él tan atractiva, tan caprichosa, tan ilimitada y ampliamente, en un cuadro mágico y vivo, donde en primer plano —por supuesto— está él mismo, nuestro soñador, con su preciosa personita. Mire qué aventuras variadas, qué enjambre infinito de sueños entusiastas.

Usted tal vez pregunte: ¿en qué sueña? ¿Para qué preguntarlo? En todo... en el papel de poeta, primero no reconocido y luego coronado; en la amistad con Hoffmann; la Noche de San Bartolomé; Diana Vernon; un papel heroico en la toma de Kazán por Iván Vasílievich; Clara Mowbray; Eufia Dens; el concilio de prelados y Hus ante ellos; la revuelta de los muertos en “Roberto” (¿recuerda

la música? ¡huele a cementerio!); Minna y Brenda; la batalla de Berézina; la lectura de un poema en casa de la condesa V—y-D—y; Dantón; Cleopatra y sus amantes; una casita en Kolómna; su propio rincón; y al lado una criatura querida que lo escucha en una noche de invierno con la boquita y los ojitos abiertos, como me escucha usted ahora, mi pequeño ángel...

No, Nastenka: ¿qué le importa a él, a ese perezoso voluptuoso, la vida que a usted y a mí nos apetece tanto? Él cree que es una vida pobre, miserable, sin sospechar que quizá para él también llegue algún día una hora triste en la que por un solo día de esa vida miserable daría todos sus años fantásticos; y no por alegría ni por felicidad los daría, y ni siquiera querría elegir, en esa hora de tristeza, de arrepentimiento y de dolor sin remedio.

Pero mientras ese tiempo terrible no ha llegado, no desea nada, porque está por encima de los deseos, porque lo tiene todo, porque está saciado, porque él mismo es el artista de su vida y la crea a cada hora según un nuevo capricho. Y qué fácil, qué natural se construye ese mundo de cuento, fantástico. ¡Como si de verdad no fuera un espejismo! En algún instante uno está dispuesto a creer que toda esa vida no es exaltación del sentimiento, ni espejismo, ni engaño de la imaginación, sino algo real, verdadero, existente.

¿Por qué, dígame, Nastenka, por qué en esos momentos se oprime el espíritu? ¿Por qué, como por un hechizo, por un capricho desconocido, se acelera el pulso, brotan lágrimas de los ojos del soñador,

arden sus mejillas pálidas y húmedas, y una dicha irresistible llena todo su ser? ¿Por qué noches enteras en vela pasan como un solo instante, en alegría y felicidad inagotables; y cuando la aurora asoma con un rayo rosado en las ventanas y el amanecer ilumina el cuarto sombrío con su luz dudosa y fantástica —como aquí, en San Petersburgo—, nuestro soñador, fatigado, exhausto, se arroja a la cama y se duerme con el corazón suspenso por el entusiasmo de su espíritu enfermo y sacudido, y con ese dolor dulcemente opresivo en el pecho?

Sí, Nastenka: uno se engaña, y sin querer, desde fuera, cree que una pasión auténtica, verdadera, agita su alma; cree, sin querer, que hay algo vivo, tangible, en sus sueños sin cuerpo. Y qué engaño... Mire, por ejemplo: el amor ha descendido en su pecho con toda su alegría inagotable, con todos sus tormentos desgarradores... ¡Mírelo y convénzase! ¿Cree usted, viendo su rostro, querida Nastenka, que en realidad nunca conoció a aquella a quien amó con tanta exaltación en su sueño? ¿Que solo la vio en esos espectros seductores y que esa pasión únicamente se le apareció dormido? ¿De verdad no han pasado ellos, de la mano, tantos años de vida —solos, los dos— arrojando fuera al mundo entero y uniendo cada uno su mundo, su vida, a la vida del otro? ¿No fue ella quien, en la hora tardía de la separación, yacía llorando y consumiéndose en su pecho, sin oír la tormenta desatada bajo el cielo severo, sin oír el viento que arrancaba y se llevaba las lágrimas de sus pestañas negras?

¿De verdad fue todo un sueño: ese jardín triste, abandonado y salvaje, con senderos cubiertos de musgo, solitario, sombrío, donde tan a menudo caminaban juntos, esperaban, se entristecían, se amaban, se amaban “tan largo y tan tiernamente”? ¿Y aquella casa extraña, ancestral, donde ella vivió tanto tiempo, sola y triste, con un marido viejo, sombrío, siempre callado y bilioso, que los aterraba, tímidos como niños, y que hacía que ocultaran su amor el uno al otro con miedo y vergüenza? ¡Cómo sufrían, cómo temían, qué inocente, qué puro era su amor y qué —por supuesto, Nastenka— malvada era la gente!

Y, Dios mío, ¿acaso no fue a ella a quien encontró después lejos de las riberas de su patria, bajo un cielo extranjero, meridional, ardiente, en una ciudad eterna y maravillosa, en el brillo de un baile, con el estruendo de la música, en un palacio (en un palacio, inevitablemente), hundido en un mar de luces, en ese balcón entrelazado de mirto y rosas; donde ella, al reconocerlo, se quitó con prisa la máscara y susurró: “Soy libre”, y, temblando, se lanzó a sus brazos; y, gritando de júbilo, pegados el uno al otro, olvidaron en un instante la pena, la separación, los tormentos, la casa sombría, el viejo, el jardín oscuro en la patria lejana, y el banco donde, con el último beso apasionado, ella se arrancó de sus brazos entumecidos por la desesperación... Oh, admítalo, Nastenka: uno se sobresalta, se confunde y se pone colorado como un escolar que acaba de guardarse en el bolsillo una manzana robada del huerto vecino, cuando un muchacho alto, sano,

bromista y parlanchín, tu amigo no invitado, abre tu puerta y grita, como si no pasara nada: “¡Hermano, acabo de llegar de Pávlovsk!” ¡Dios mío! Ha muerto el viejo conde, llega la felicidad indecible... ¡y la gente viene de Pávlovsk!

Me callé con patetismo, después de mis patéticas exclamaciones. Recuerdo que tenía unas ganas terribles de reírme a la fuerza, porque ya sentía moverse en mí un diablillo enemigo; ya empezaba a apretárseme la garganta, a temblarme la barbilla, y mis ojos se humedecían cada vez más... Esperaba que Nastenka, que me había escuchado con sus ojitos inteligentes bien abiertos, estallara con esa risa infantil, incontinentemente alegre; y ya me arrepentía de haber ido tan lejos, de haber dicho en vano lo que desde hacía mucho hervía en mi corazón, de lo que podía hablar como si lo estuviera leyendo porque desde hacía tiempo yo mismo me había dictado sentencia y ahora no me había contenido de leerla, de confesarla, sin esperar que alguien me entendiera.

Pero, para mi sorpresa, ella guardó silencio. Tras una breve pausa, me apretó suavemente la mano y, con una participación tímida, preguntó:

—¿De verdad... ha vivido usted así toda su vida?

—Toda mi vida, Nastenka —respondí—. Toda... y, al parecer, así terminaré.

—No, eso no puede ser —dijo ella inquieta—. Eso no será; porque así, a ese paso, yo también viviré toda la vida junto a la abuela. Escuche: ¿sabe usted que vivir así no está nada bien?

—Lo sé, Nastenka, ¡lo sé! —exclamé, sin contener

ya mi sentimiento—. Y ahora lo sé más que nunca: ¡he perdido en vano mis mejores años! Ahora lo sé, y me duele más por saberlo, porque Dios mismo me la ha enviado a usted, mi buen ángel, para decírmelo y demostrármelo. Ahora, cuando estoy sentado a su lado y hablo con usted, me da miedo pensar en el futuro, porque en el futuro está otra vez la soledad, otra vez esa vida rancia e inútil. ¿Y con qué voy a soñar, si ya, despierto, a su lado, fui tan feliz? ¡Oh, bendita sea usted, querida muchacha, por no haberme rechazado desde el primer momento, por permitirme decir ya que he vivido al menos dos noches en mi vida!

—¡Ay, no, no! —gritó Nastenka, y unas lagrimitas brillaron en sus ojos—. No, así no será más; no nos separaremos así. ¡Qué es eso de “dos noches”!

—¡Ay, Nastenka, Nastenka! ¿Sabe usted por cuánto tiempo me ha reconciliado conmigo mismo? ¿Sabe usted que ya no pensaré tan mal de mí como pensaba a veces? ¿Sabe usted que quizá ya no me torturará más por creer que he cometido un delito y un pecado en mi vida, porque una vida así es un delito y un pecado? Y no crea que exagero, por Dios, no lo crea, Nastenka: porque a veces me vienen momentos de una tristeza... de una tristeza... Porque en esos momentos ya empiezo a creer que nunca seré capaz de empezar a vivir una vida verdadera; porque me parecía que había perdido todo tacto, todo instinto para lo real, para lo auténtico; porque al final me maldecía a mí mismo; porque después de mis noches fantásticas me vienen accesos de sobriedad que son horribles.

Mientras tanto oyes cómo a tu alrededor truena y gira, en el torbellino de la vida, la multitud humana; oyes, ves cómo vive la gente —vive despierta—; ves que la vida no les está vedada; que su vida no se deshará como un sueño o una visión; que su vida se renueva siempre, es siempre joven, y ni una hora se parece a otra. Y en cambio qué triste, qué uniforme hasta la vulgaridad, qué tímida es la fantasía: esclava de la sombra, de la idea, esclava de la primera nube que de pronto tapa el sol y oprime con tristeza el corazón petersburgués, que tanto aprecia su sol... ¡y qué fantasía queda ya en la tristeza! Sientes que al fin se fatiga, se agota en esa tensión perpetua, esa fantasía aparentemente inagotable. Porque uno crece, se desgasta, se queda sin sus antiguos ideales: se reducen a polvo, a escombros. Y si no hay otra vida, hay que construirla con esos mismos escombros. Sin embargo el alma pide y quiere otra cosa. Y en vano el soñador hurga, como en cenizas, en sus viejos ensueños, buscando siquiera una chispa para avivarla, para calentar con un fuego renovado el corazón enfriado y resucitar en él lo que antes era tan querido, lo que conmovía el alma, lo que hervía la sangre, lo que arrancaba lágrimas y lo engañaba tan suntuosamente.

¿Sabe usted, Nastenka, a qué he llegado? ¿Sabe usted que ya me veo obligado a celebrar aniversarios de mis sensaciones, aniversarios de lo que antes me parecía tan querido y que, en esencia, nunca existió; porque esos aniversarios se celebran con las mismas fantasías tontas e incorpóreas; y lo hago porque hasta esas fantasías tontas ya no las tengo,

porque no tengo con qué vivirlas: ¡porque hasta los sueños se gastan!

¿Sabe usted que ahora me gusta recordar y visitar en fechas fijas aquellos lugares donde una vez fui feliz a mi manera; que me gusta acomodar mi presente al compás de un pasado irremediabilmente ido; y que a menudo vagabundeo como una sombra, sin necesidad ni objetivo, triste y lúgubre por callejones y calles petersburguesas?

Qué recuerdos... Recuerdo, por ejemplo, que aquí mismo, hace exactamente un año, a esta misma hora, por esta misma acera, yo caminaba igual de solo, igual de triste que ahora. Y recuerdas que entonces también los sueños eran tristes, y aunque antes no era mejor, se siente, sin embargo, que como si fuese más fácil, más tranquilo vivir; que no estaba esa idea negra que ahora se me ha pegado; que no estaban esos remordimientos, sombríos, hoscos, que ya ni de día ni de noche me dejan en paz.

Y te preguntas: ¿dónde están tus sueños? Y sacudes la cabeza y dices: ¡qué rápido pasan los años! Y vuelves a preguntarte: ¿qué has hecho con tus años? ¿dónde enterraste tu mejor tiempo? ¿viviste o no viviste? Mira —te dices—, mira qué frío se vuelve el mundo. Pasarán más años, y tras ellos vendrá la soledad sombría, vendrá la vejez temblorosa con su bastón, y luego la tristeza y el desaliento. Palidecerá tu mundo fantástico; se quedarán quietos, se marchitarán tus sueños y caerán como hojas amarillas de los árboles...

¡Oh, Nastenka! Será triste quedarse solo, completamente solo, y ni siquiera tener algo que lamentar: nada,

absolutamente nada... porque todo lo que perdiste era nada, un cero redondo y necio; era solo ensueño.

—¡No me enternezca más! —dijo Nastenka, secándose una lágrima que se le había escapado—. Ya está: se acabó. Ahora estaremos juntos; pase lo que me pase, no nos separaremos nunca. Escuche: yo soy una muchacha sencilla, he estudiado poco, aunque la abuela me pagó un maestro; pero, la verdad, lo entiendo, porque todo lo que usted me ha contado ahora, yo ya lo viví cuando la abuela me prendió al vestido. Claro, yo no lo contaría tan bien como usted; no he estudiado —añadió con timidez, porque aún sentía cierto respeto por mi discurso patético y mi lenguaje elevado—, pero me alegra muchísimo que usted se me haya abierto por completo. Ahora lo conozco: lo conozco del todo. ¿Y sabe qué? Quiero contarle también mi historia, toda, sin ocultarle nada; y usted después me dará un consejo. Usted es un hombre muy inteligente. ¿Me promete que me dará ese consejo?

—¡Ay, Nastenka! —respondí—. Yo nunca he sido consejero, y menos aún consejero inteligente; pero ahora veo que si vivimos siempre así, eso será de algún modo muy sensato, y nos daremos mutuamente muchísimos consejos sensatos. Bueno, mi buena Nastenka, ¿qué consejo necesita? Dígamelo sin rodeos: ahora estoy tan alegre, tan feliz, tan audaz y tan inteligente, que no me faltarán palabras.

—¡No, no! —me interrumpió Nastenka riendo—. No necesito un consejo inteligente; necesito un consejo del corazón, fraternal, como si ya me hubiera querido toda la vida.

—¡Hecho, Nastenka, hecho! —grité entusiasmado—. Y aunque la hubiera querido veinte años, no podría quererla más que ahora.

—¡Su mano! —dijo Nastenka.

—Aquí está —respondí, ofreciéndosela.

—Entonces... empecemos mi historia.

—...Y ahora viene el final —dijo Nastenka, como reuniendo fuerzas—. Hace exactamente un año, en el mes de mayo, nuestro inquilino vino a vernos y le dijo a la abuela que había logrado arreglar por completo sus asuntos aquí y que debía marcharse de nuevo a Moscú por un año entero. En cuanto oí aquello, empalidecí y caí sentada en una silla como muerta. La abuela no notó nada; él, después de anunciar que se marchaba, se despidió de nosotras y se fue.

¿Qué podía hacer yo? Pensé y pensé, sufrí y sufrí, hasta que al fin me decidí. Al día siguiente se iba, y yo resolví poner fin a todo aquella misma noche, cuando la abuela se acostara. Así sucedió. Até en un hatillo todo lo que tenía de ropa, lo justo de ropa blanca, y con el hatillo en la mano, ni viva ni muerta, subí al entresuelo, a la habitación de nuestro inquilino. Creo que tardé una hora entera en subir la escalera. Cuando abrí la puerta, lanzó un grito al verme. Pensó que era un fantasma y se precipitó a traerme agua, porque apenas me sostenía en pie. El corazón me latía con tal fuerza que me dolía la cabeza y la razón se me nubló. Cuando recobré el sentido, empecé sin rodeos: dejé el hatillo sobre su cama, me senté a su lado, me cubrí el rostro con las manos y rompí a llorar desconsoladamente. Él, al

parecer, lo comprendió todo al instante y permanecía de pie ante mí, pálido, mirándome con una tristeza tal que sentí que el corazón se me partía.

—Escúcheme —empezó—, escúcheme, Nastenka: yo no puedo hacer nada; soy un hombre pobre; por ahora no tengo nada, ni siquiera un puesto decente; ¿cómo podríamos vivir si yo me casara con usted?

Hablamos largo rato, pero al final entré en una especie de arrebató; le dije que no podía seguir viviendo con la abuela, que huiría de ella, que no quería seguir cosida con un alfiler, y que, como él quisiera, me iría con él a Moscú, porque sin él no podía vivir. La vergüenza, el amor y el orgullo hablaban todos a la vez dentro de mí, y estuve a punto de caer convulsionada sobre la cama. ¡Tenía tanto miedo a una negativa!

Durante varios minutos permaneció en silencio; luego se levantó, se acercó y me tomó de la mano. —Escúcheme, buena mía, mi querida Nastenka —dijo también entre lágrimas—. Escúcheme. Le juro que, si alguna vez me encuentro en condiciones de casarme, usted será, sin falta, mi felicidad; créame, ahora mismo solo usted podría ser mi felicidad. Escuche: me voy a Moscú y estaré allí exactamente un año. Espero arreglar mis asuntos. Cuando regrese, si usted no ha dejado de quererme, le juro que seremos felices. Ahora es imposible; no puedo, no tengo derecho a prometer nada. Pero repito: si dentro de un año no se realiza, será más adelante, sin falta; claro está, solo en el caso de que usted no prefiera a otro, porque no puedo ni debo atarla con ninguna palabra.

Eso fue lo que me dijo, y al día siguiente se marchó. Acordamos no decirle ni una palabra a la abuela. Así lo quiso él. Y bien, ahora casi ha terminado toda mi historia. Ha pasado exactamente un año. Ha vuelto; lleva ya tres días aquí y... y...

—¿Y qué? —grité yo, impaciente por conocer el desenlace.

—¡Y hasta ahora no se ha presentado! —respondió Nastenka, como reuniendo fuerzas—. Ni una señal, ni una palabra...

Aquí se detuvo, guardó silencio un instante, bajó la cabeza y, de pronto, cubriéndose el rostro con las manos, rompió a llorar de tal manera que sentí cómo el corazón se me volteaba con aquellos sollozos.

Yo no esperaba semejante desenlace.

—¡Nastenka! —empecé con voz tímida y suplicante—. ¡Nastenka! Por Dios, no llore. ¿Cómo puede saberlo? Tal vez aún no ha llegado...

—¡Está aquí, aquí! —replicó ella—. Está aquí, lo sé. Teníamos un acuerdo desde entonces, desde aquella noche, la víspera de su partida: después de decirnos todo lo que le he contado y de ponernos de acuerdo, salimos a pasear, precisamente por esta misma ribera. Eran las diez; nos sentamos en este banco; yo ya no lloraba, me era dulce escuchar lo que me decía... Él dijo que en cuanto llegara vendría a vernos y que, si yo no lo rechazaba, se lo diríamos todo a la abuela. Ahora ha llegado, lo sé, ¡y no está!

Y volvió a romper en llanto.

—¡Dios mío! ¿No hay manera de aliviar esta pena? —grité, poniéndome de pie en completa desesperación—. Dígame, Nastenka, ¿no podría ir yo mismo a verlo?...

—¿Eso es posible? —dijo ella, levantando de pronto la cabeza.

—No, claro que no —me corregí enseguida—. Pero... escriba una carta.

—No, eso es imposible, no se puede —respondió con resolución, bajando la mirada sin mirarme.

—¿Cómo que no se puede? ¿Por qué no? —insistí, aferrándome a mi idea—. Pero, Nastenka, ¡qué carta! Una carta no es cualquier cosa... ¡Ah, Nastenka, confíe en mí, confíe! No le daré un mal consejo. Todo esto puede arreglarse. Usted ya dio el primer paso; ¿por qué ahora...?

—No, no se puede. Sería como imponerse...

—¡Ah, mi buena Nastenka! —la interrumpí, sin ocultar una sonrisa—. No, no; usted tiene derecho, al fin y al cabo, porque él se lo prometió. Y por todo veo que es un hombre delicado, que actuó correctamente —continué, cada vez más entusiasmado con la lógica de mis propias razones—. ¿Cómo actuó él? Se ató con una promesa: dijo que no se casaría con nadie más que con usted, si llegaba a casarse; a usted, en cambio, le dejó plena libertad para rechazarlo en cualquier momento... En ese caso, usted puede dar el primer paso; tiene derecho, incluso una ventaja, aunque solo fuera para liberarlo de su palabra...

—Escuche —dijo ella—, ¿y usted cómo escribiría?

—¿Qué?

—La carta.

—Yo la escribiría así: “Muy señor mío...”

—¿Eso es indispensable: “muy señor mío”?

—Indispensable. Aunque, ¿por qué no? Creo que...

—Bueno, bueno, ¡sigal!

—“Muy señor mío: le escribo. Perdóneme mi impaciencia; pero durante todo un año he sido feliz con la esperanza. ¿Soy culpable de no poder soportar ahora ni un solo día de duda? Ahora que ya ha llegado, quizá haya cambiado de intención. Entonces esta carta le dirá que no me quejo ni lo acuso. No lo acuso de no ser dueño de su corazón; tal es mi destino.

Usted es un hombre noble. No sonreirá ni se molestará por estas líneas impacientes. Recuerde que las escribe una pobre muchacha, que está sola, que no tiene a nadie que la enseñe o aconseje, y que nunca ha sabido dominar su propio corazón. Pero perdóneme que por un instante haya entrado la duda en mi alma. Usted no es capaz ni siquiera de herir en pensamiento a quien lo amó y lo ama tanto”.

—¡Sí, sí! ¡Es exactamente lo que yo pensaba! —exclamó Nastenka, y la alegría brilló en sus ojos—. ¡Oh! Ha disipado mis dudas; ¡Dios mismo se lo ha enviado! ¡Gracias, gracias!

—¿Por qué? ¿Porque Dios me envió? —respondí, mirándola con entusiasmo.

—Sí, aunque solo sea por eso.

—¡Ah, Nastenka! Damos gracias a algunas personas solo por el hecho de vivir a nuestro lado. Yo le doy gracias por haberme encontrado con usted, por saber que la recordaré toda la vida.

—¡Basta, basta! —dijo con precipitación—. Ahora escuche: acordamos que, en cuanto él llegara, me daría aviso dejando una carta en un lugar determinado, en casa de unos conocidos míos, gente buena y sencilla, que no sabe nada de todo esto; o, si

no podía escribir, porque en una carta no siempre se dice todo, vendría ese mismo día aquí, a las diez en punto, donde quedamos en encontrarnos. Yo ya sé que ha llegado; pero ya es el tercer día y no hay ni carta ni él. Por la mañana no puedo salir de casa de la abuela. Lleve usted mañana mi carta a esa gente buena de la que le hablé; ellos se la harán llegar; y si hay respuesta, usted mismo me la traerá por la noche, a las diez.

—¡Pero la carta, la carta! Antes hay que escribirla. Entonces todo esto será pasado mañana.

—La carta... —respondió Nastenka, un poco confundida—. La carta... pero...

No terminó la frase. Primero apartó el rostro, se sonrojó como una rosa, y de pronto sentí en mi mano una carta, al parecer escrita desde hacía tiempo, completamente preparada y sellada. Un recuerdo familiar, querido, gracioso, cruzó mi mente.

—R-o... Ro, s-i... si, n-a... na... —empecé.

—¡Rosina! —cantamos ambos; yo, casi abrazándola de alegría; ella, sonrojándose cuanto podía, riendo entre lágrimas que, como perlitas, temblaban en sus negras pestañas.

—¡Basta, basta! ¡Ahora adiós! —dijo atropelladamente—. Aquí tiene la carta y aquí la dirección adonde debe llevarla. ¡Adiós! ¡Hasta mañana!

Apretó con fuerza mis dos manos, asintió con la cabeza y se perdió como una flecha en su callejón. Permanecí largo rato en el mismo sitio, siguiéndola con la mirada.

“¡Hasta mañana, hasta mañana!”, resonó en mi cabeza cuando desapareció de mi vista.

HISTORIA DE NASTENKA

—La mitad de mi historia ya la sabe usted; es decir, sabe que tengo una abuela vieja...

—Si la otra mitad es tan breve como esa... —alcancé a interrumpir, riéndome.

—Cállese y escuche. Ante todo, un pacto: no me interrumpa, porque si no, puede que me confunda. Vamos, escuche quietecito.

Tengo una abuela vieja. Caí en sus manos cuando yo era todavía una niña muy pequeña, porque se me murieron tanto la madre como el padre. Hay que suponer que antes mi abuela era más rica, porque aun ahora recuerda aquellos días mejores. Fue ella quien me enseñó francés, y luego me contrató un maestro. Cuando yo tenía quince años (ahora tengo diecisiete), dimos por terminados los estudios. Y fue justo entonces cuando yo hice una travesura; lo que hice... eso no se lo diré; baste con que la falta fue pequeña. Solo que mi abuela, una mañana, me llamó a su lado y me dijo que, como era ciega, no podía vigilarme; tomó un alfiler y prendió mi vestido al suyo, y allí mismo dijo que así nos quedaríamos sentadas toda la vida, si yo —claro— no me volvía mejor. En una palabra: al principio, era imposible apartarse; trabajar, leer, estudiar... todo al lado de la abuela.

Una vez intenté engañarla, y convencí a Fekla de que se sentara en mi sitio. Fekla es nuestra criada; es sorda. Fekla se sentó por mí; la abuela, en ese





momento, se durmió en el sillón, y yo me fui no muy lejos, a ver a una amiga. Y bueno... terminó mal. La abuela se despertó sin mí y me preguntó algo, creyendo que yo seguía allí sentadita, quieta. Fekla veía que la abuela le preguntaba, pero como no oía sobre qué, pensó, pensó qué hacer; desenganchó el alfiler... ¡y salió corriendo!...

Aquí Nastenka se detuvo y se echó a reír con ganas. Yo me reí con ella. Ella se calló al instante.

—Mire, no se ría de la abuela. Soy yo la que me río, porque es gracioso... ¿Qué hacer, si la abuela, la verdad, es así? Y aun así, yo la quiero un poquito. Bueno, pero entonces me cayó la reprimenda: me sentaron de nuevo en mi lugar y ya ni-ni; no se podía mover uno.

Ahora bien, olvidé decirle que nosotros —es decir, la abuela— tenemos casa propia; una casa pequeña, con solo tres ventanas, toda de madera y tan vieja como la abuela; y arriba hay un altillo, un pequeño entresuelo... y se nos mudó allí, al altillo, un inquilino nuevo...

—Entonces hubo un inquilino viejo —observé yo de pasada.

—Pues claro que lo hubo —respondió Nastenka—, y ese sabía callarse mejor que usted. Aunque, la verdad, ya apenas podía mover la lengua. Era un viejecito seco, mudo, ciego, cojo; al final ya no podía vivir en el mundo... y se murió. Y entonces hizo falta un inquilino nuevo, porque nosotras no podemos vivir sin inquilino: con la pensión de la abuela, eso es casi todo nuestro ingreso.

El inquilino nuevo, como a propósito, era un hom-

bre joven, no de aquí, de paso. Como no regateó, la abuela lo dejó entrar; y luego me pregunta:

—¿Qué, Nastenka, nuestro inquilino es joven o no?

Yo no quería mentir.

—Pues, digo, abuela, no es que sea un muchacho... pero tampoco es un viejo.

—¿Y tiene buena presencia? —pregunta la abuela. Otra vez no quiero mentir:

—Sí, digo, abuela; tiene buena presencia.

Y la abuela dice:

—¡Ay! castigo, castigo. Te lo digo, nieta, para que no se te vayan los ojos tras él. ¡Qué siglo este! Mira que un inquilino tan poca cosa... ¡y encima de buena presencia! No como en otros tiempos.

¡Y la abuela siempre con “otros tiempos”! En otros tiempos ella era más joven, en otros tiempos el sol era más cálido, en otros tiempos la crema no se agriaba tan rápido... ¡todo, en otros tiempos! Yo me quedo sentada y callada, pero por dentro pienso: ¿por qué la abuela misma me está dando ideas, preguntando si el inquilino es bonito, si es joven? Pero solo lo pensé un momento; luego ella volvió a contar puntos, a tejer la media, y después se olvidó por completo.

Una mañana, el inquilino vino a casa a preguntar por lo de empapelar su cuarto, que se lo habían prometido. Palabra va, palabra viene, y como la abuela es charlatana, dice:

—Ve, Nastenka, a mi dormitorio y tráeme el ábaco. Yo salté al instante, y no sé por qué, me puse toda colorada y olvidé que estaba prendida. En vez de

desenganchar el alfiler con cuidado para que el inquilino no lo viera... tiré con tal fuerza, que el sillón de la abuela se deslizó. En cuanto vi que el inquilino lo había entendido todo, me puse más roja todavía, me quedé clavada... y de pronto rompí a llorar: me dio tanta vergüenza y tanta amargura en ese momento que era como para no mirar la luz del mundo. La abuela grita: “¿Qué haces ahí parada?”, y yo, peor... El inquilino, al verlo todo —al ver que a mí me había dado vergüenza ante él— hizo una reverencia... ¡y se fue al instante!

Desde entonces, al menor ruido en el recibidor, yo me quedaba como muerta. “Ahí viene el inquilino”, pensaba; y, por si acaso, desenganchaba el alfiler a escondidas. Pero no era él: no venía. Pasaron dos semanas, y el inquilino mandó decir con Fekla que tenía muchos libros franceses, y que eran todos libros buenos, de esos que se pueden leer; y que si la abuela quería, yo podría leérselos para que no se aburriera. La abuela aceptó agradecida, aunque preguntaba sin cesar si eran libros morales, porque si los libros eran inmorales —decía—, entonces, Nastenka, tú no puedes leerlos: aprenderías cosas malas.

—¿Y qué aprendería, abuela? ¿Qué dicen ahí?

—¡Ah! —dice—. Ahí está descrito cómo los jóvenes seducen a las muchachas decentes; cómo, con el pretexto de que quieren casarse con ellas, se las llevan de la casa de sus padres; y luego abandonan a esas pobres muchachas a su suerte, y ellas se pierden de la manera más lamentable. Yo —dice la abuela— he leído muchas de esas novelas, y todo está descrito tan bien, que te quedas sentada de noche, leyendo

en silencio. Así que tú, Nastenka, mira bien y no los vayas a leer. ¿Qué libros dice que mandó?

—Son novelas de Walter Scott, abuela.

—¿Novelas de Walter Scott? ¡Ah, vaya! ¿Y no habrá alguna jugarreta aquí? Mira a ver si no metió alguna notita amorosa.

—No, abuela, no hay nota.

—Mira debajo del encuadernado; a veces las esconden en la encuadernación, ¡esos bandidos!

—No, abuela, tampoco hay nada bajo la encuadernación.

—¡Eso, eso!

Y así empezamos a leer a Walter Scott, y en cosa de un mes habíamos leído casi la mitad. Luego mandó más y más. Mandó a Pushkin... hasta que al final yo ya no podía vivir sin libros, y dejé de pensar en casarme con el príncipe chino.

Así estaban las cosas cuando un día me encontré con nuestro inquilino en la escalera. La abuela me había mandado por algo. Él se detuvo; yo me puse roja, y él también; pero se rió, me saludó, preguntó por la salud de la abuela y dijo:

—¿Y qué? ¿Leyó usted los libros?

Yo respondí:

—Los leí.

—¿Y qué le gustó más?

Y yo dije:

—“Ivanhoe” y Pushkin fueron lo que más me gustó.

Y ahí terminó todo, esa vez.

A la semana, volví a cruzármelo en la escalera. Esta vez la abuela no me mandaba: era yo la que necesitaba ir por algo. Eran las tres, y el inquilino regresaba a casa a esa hora.

—¡Buenos días! —dice.

—¡Buenos días! —le contesto.

—Y dígame —dice—, ¿no se aburre usted sentada todo el día con la abuela?

Cuando me lo preguntó, no sé por qué, me puse roja, me avergoncé y me dolió otra vez; supongo que porque ya otros se metían a preguntar por ese asunto. Yo quise no responder e irme, pero no tuve fuerzas.

—Mire —dice—, usted es una buena muchacha. Perdóneme que le hable así, pero le aseguro que yo le deseo el bien más que su abuela. ¿No tiene amigas a quienes pueda ir a visitar?

Yo dije que no tenía ninguna; que había una, Mas-henka, pero se había ido a Pskov.

—Mire —dice—, ¿quiere ir conmigo al teatro?

—¿Al teatro? ¿Y la abuela?

—Pues usted... —dice—, a escondidas de la abuela...

—No —dije—. No quiero engañar a mi abuela. Adiós.

—Bueno, adiós —dijo, y no añadió nada más.

Pero después de comer, vino a casa; se sentó, habló largo rato con la abuela, preguntó si salía a algún sitio, si tenía conocidos... y de pronto dice:

—Hoy conseguí un palco en la ópera; dan “El barbero de Sevilla”. Unos conocidos querían ir, pero luego desistieron, y me ha quedado el billete en la mano.

—¡“El barbero de Sevilla”! —gritó la abuela—. ¿Ese es el mismo “Barbero” que daban en otros tiempos?

—Sí —dice—, es ese mismo “Barbero” —y me miró. Yo lo entendí todo, me puse roja, y el corazón se me puso a saltar de expectación.

—¡Pero cómo no saberlo! —dice la abuela—. ¡Yo en otros tiempos, en el teatro de casa, hacía de Rosina!

—¿Entonces quiere ir hoy? —dijo el inquilino—. Se me pierde el billete en balde.

—Sí, podríamos ir —dice la abuela—. ¿Por qué no? Además, mi Nastenka nunca ha estado en el teatro. ¡Dios mío, qué alegría! Enseguida nos preparamos, nos arreglamos y nos fuimos. Aunque la abuela es ciega, tenía ganas de escuchar música; y, además, es una viejecita buena: quería darme gusto. Nosotras solas nunca nos habríamos decidido.

No le diré qué impresión me causó “El barbero de Sevilla”, pero durante toda la velada nuestro inquilino me miró tan bien, habló tan bien, que yo comprendí al instante que por la mañana había querido ponerme a prueba cuando me propuso que fuera sola con él. ¡Qué alegría! Me acosté tan orgullosa, tan contenta, me latía tanto el corazón, que me dio una fiebrequita; y toda la noche deliré con “El barbero de Sevilla”.

Yo pensé que después de eso él vendría a casa cada vez más y más... pero no. Casi dejó de venir. Una vez al mes, como mucho, se pasaba, y solo para invitarnos al teatro. Fuimos un par de veces más. Pero yo ya no estaba nada contenta. Veía que lo único que le pasaba era que le daba pena que yo estuviera tan encerrada por culpa de la abuela; y nada más. Y de ahí en adelante... algo me cayó encima: ni me sentaba, ni leía, ni trabajaba; a veces me reía y hacía algo a propósito para fastidiar a la abuela; otras veces, sencillamente, lloraba. Al final, adelgacé, y por poco no me enfermé.

Terminó la temporada de ópera, y el inquilino dejó de venir por completo; cuando nos encontrábamos

—siempre en la escalera, claro—, hacía una reverencia callada, tan seria, como si no quisiera hablar, y ya bajaba hasta el portal, mientras yo seguía allí, a mitad de la escalera, roja como una cereza, porque toda la sangre se me subía a la cabeza apenas lo veía.

Y ahora viene el final. Hace exactamente un año, en el mes de mayo, el inquilino vino a casa y le dijo a la abuela que había arreglado del todo sus asuntos aquí, y que debía irse otra vez a Moscú por un año. Yo, al oírlo, me puse pálida y caí en una silla como muerta. La abuela no notó nada; él anunció que se marchaba, nos saludó... y se fue.

¿Qué hacer? Pensé y pensé, sufrí y sufrí... y al final me decidí. Al día siguiente él se iba; y yo resolví que lo acabaría todo esa noche, cuando la abuela se acostara. Y así fue. Até en un pañuelo todo lo que tenía de vestidos y la ropa interior necesaria; y con el hatillo en las manos, ni viva ni muerta, subí al altillo, al cuarto de nuestro inquilino. Creo que tardé una hora entera en subir la escalera. Cuando le abrí la puerta, él hasta dio un grito al verme. Creyó que yo era un fantasma, y corrió a traerme agua, porque yo apenas me sostenía en pie. El corazón me latía de tal modo que me dolía la cabeza y se me nublaba la razón.

Cuando recuperé el sentido, empecé directamente por dejar el hatillo en su cama; me senté junto a él, me cubrí la cara con las manos... y lloré a mares. Él, al parecer, lo entendió todo en un instante y se quedó delante de mí, pálido, mirándome con una tristeza tal que se me partió el corazón.

—Escuche —empezó—, escuche, Nastenka: yo no puedo... Soy un hombre pobre; por ahora no

tengo nada, ni siquiera un empleo decente. ¿Cómo viviríamos si yo me casara con usted?

Hablamos mucho. Pero al final yo entré en una especie de arrebató: dije que no podía vivir con la abuela, que me escaparía, que no quería que me prendieran con alfileres, y que me iría con él a Moscú si él quería, porque no podía vivir sin él. Vergüenza, amor, orgullo... todo me hablaba a la vez, y yo casi me caí sobre la cama con convulsiones. ¡Tenía tanto miedo de que me rechazara!

Él se quedó unos minutos en silencio; luego se levantó, se acercó y me tomó la mano.

—Escuche, mi buena, mi dulce Nastenka —empezó él también entre lágrimas—. Escuche. Le juro que si algún día estoy en condiciones de casarme, entonces usted será, sin falta, mi felicidad; se lo aseguro: ahora mismo, solo usted puede ser mi felicidad. Mire: me voy a Moscú y estaré allí exactamente un año. Espero arreglar mis asuntos. Cuando regrese, y si usted no deja de quererme, le juro que seremos felices. Ahora es imposible: no puedo, no tengo derecho a prometerle nada. Pero repito: si dentro de un año no se puede, entonces, de todos modos, alguna vez será; claro... en el caso de que usted no prefiera a otro, porque atarla a usted con una palabra yo no puedo ni debo.

Eso fue lo que me dijo, y al día siguiente se fue.

Quedó acordado, entre los dos, que no le diríamos nada de esto a la abuela. Así lo quiso él. Y bien, ahora mi historia está casi terminada. Ha pasado exactamente un año. Él ha vuelto. Él está aquí desde hace tres días... y, y...

—¿Y qué? —grité yo, impaciente por oír el final.

—¡Y hasta ahora no ha venido! —respondió Nas-

tenka, como reuniendo fuerzas—. Ni una señal, ni una noticia...

Ahí se detuvo, calló un momento, bajó la cabeza y de pronto, cubriéndose la cara con las manos, se echó a llorar con tal desconsuelo que a mí se me revolvió el corazón.

Yo no esperaba un desenlace así.

—¡Nastenka! —empecé con voz tímida, suave—. ¡Nastenka! Por Dios, no llore. ¿Cómo lo sabe? Tal vez aún no ha llegado...

—¡Está aquí, aquí! —interrumpió Nastenka—. Está aquí, lo sé. Teníamos un acuerdo, desde entonces, desde aquella noche en la víspera de su partida: cuando ya nos dijimos todo lo que yo le he contado ahora, y quedamos en eso, salimos a pasear aquí, a esta misma ribera. Eran las diez; nos sentamos en este banco. Yo ya no lloraba; me era dulce escuchar lo que él decía... Él dijo que, en cuanto llegara, iría a casa, y si yo no lo rechazaba, entonces se lo diríamos todo a la abuela. Ahora ha llegado, yo lo sé, ¡y no está!

Y volvió a romper en llanto.

—¡Dios mío! ¿Y no hay manera de ayudar a esta pena? —grité yo, levantándome del banco, completamente desesperado—. Dígame, Nastenka, ¿no podría yo ir a verlo?...

—¿Eso es posible? —dijo ella, alzando la cabeza de pronto.

—No, claro que no —me corregí, cayendo en la cuenta—. Pero... haga esto: escriba una carta.

—No, eso es imposible, ¡no se puede! —respondió con firmeza, aunque ya con la cabeza gacha y sin mirarme.

—¿Cómo que no se puede? ¿Por qué no? —insistí, aferrándome a mi idea—. Pero, Nastenka, ¡qué carta! Una carta no es cualquier carta... Ah, Nastenka, es así. Confíe en mí, confíe. No le daré un mal consejo. ¡Esto se puede arreglar! Usted ya dio el primer paso: ¿por qué ahora...?

—No se puede, no se puede. Sería como si yo me me estuviera imponiendo...

—¡Ah, mi buena Nastenka! —la interrumpí, sin ocultar una sonrisa—. No, no; usted tiene derecho, porque él se lo prometió. Y además, por todo lo que veo, él es un hombre delicado, y actuó bien —continué, entusiasmándome cada vez más con la lógica de mis propios argumentos—. ¿Qué hizo él? Se ató a sí mismo con una promesa. Dijo que no se casaría con nadie salvo con usted, si es que se casaba; y a usted le dejó plena libertad para rechazarlo en cualquier momento... En ese caso, usted puede dar el primer paso: tiene derecho; tiene ventaja sobre él, aunque sea, por ejemplo, si quisiera liberarlo de su palabra...

—Dígame... ¿cómo la escribiría usted?

—¿Qué cosa?

—La carta.

—Yo la escribiría así: “Muy señor mío...”

—¿Es imprescindible eso de “Muy señor mío”?

—Imprescindible. Aunque... ¿por qué? yo creo...

—Bueno, bueno. ¡Siga!

—“Muy señor mío: perdone que yo...” No, no hacen falta disculpas. El hecho mismo lo justifica todo. Escriba simplemente:

“Le escribo a usted. Perdóneme mi impaciencia; pero he sido feliz durante un año con la esperanza.

¿Soy culpable de no poder soportar ahora ni un día de duda? Ahora, cuando usted ya ha llegado, quizá haya cambiado de intención. Entonces esta carta le dirá que yo no me quejo ni lo acuso. No lo acuso por no ser dueña de su corazón: ¡así ha sido mi destino! Usted es un hombre noble. No sonreirá ni se molestará por mis líneas impacientes. Recuerde que las escribe una muchacha pobre; que está sola; que no hay quien la instruya ni quien le aconseje, y que nunca ha sabido dominar su propio corazón. Pero perdóneme que en mi alma, aunque solo por un instante, se haya deslizado la duda. Usted no sería capaz, ni siquiera en pensamiento, de ofender a quien lo ha querido tanto y lo quiere”.

—¡Sí, sí! ¡Es exactamente así como yo pensaba! —gritó Nastenka, y la alegría le brilló en los ojos—. ¡Oh! usted ha resuelto mis dudas. ¡Dios mismo se lo ha enviado a usted! ¡Gracias, gracias!

—¿Gracias por qué? ¿Porque Dios me envió? —respondí, mirándola con embeleso.

—Sí, aunque sea por eso.

—Ah, Nastenka: a veces damos las gracias a algunas personas solo por existir junto a nosotros. Yo le doy las gracias porque la he encontrado; porque la recordaré toda mi vida.

—¡Basta, basta! Ahora, escuche: entonces quedó dicho que, en cuanto él llegara, me haría saber de sí dejando una carta en un lugar, en casa de unos conocidos míos, gente buena y sencilla que no sabe nada de esto. O si no podía escribirme —porque en una carta no siempre se puede contar todo—, entonces ese mismo día, el día de su llegada, ven-

dría aquí a las diez en punto, donde decidimos encontrarnos. Yo ya sé que ha llegado. Pero ya es el tercer día y no hay carta... ni él. Por la mañana me es imposible alejarme de la abuela. Lleve usted mañana mi carta a esas buenas personas de las que le hablé: ellos se la harán llegar; y si hay respuesta, usted mismo me la traerá por la noche, a las diez.

—¡Pero la carta, la carta! Antes hay que escribirla. Entonces esto será pasado mañana.

—La carta... —respondió Nastenka, un poco confundida—. La carta... pero...

No terminó la frase. Apartó primero su carita, se ruborizó como una rosa, y de pronto yo sentí en mi mano una carta, al parecer escrita desde hacía tiempo, ya preparada y sellada. Un recuerdo conocido, querido, gracioso, cruzó mi cabeza.

—R-o... Ro; s-i... si; n-a... na... —empecé yo.

—¡Rosina! —cantamos los dos a la vez: yo casi dispuesto a abrazarla de entusiasmo; ella ruborizándose hasta donde podía ruborizarse, y riéndose entre lágrimas que, como perlitas, temblaban en sus pestañas negras.

—Bueno, basta, basta. ¡Adiós ahora! —dijo atropelladamente—. Aquí tiene la carta y aquí la dirección adonde llevarla. ¡Adiós! ¡Hasta luego! ¡Hasta mañana!

Me apretó con fuerza ambas manos, inclinó la cabeza y se deslizó, como una flecha, hacia su callejón. Yo me quedé largo rato allí, siguiéndola con la mirada. “¡Hasta mañana, hasta mañana!”, me resonó en la cabeza cuando desapareció de mis ojos.





NOCHE TERCERA

Hoy fue un día triste, lluvioso, sin un claro, igual que mi vejez futura. Me asaltan pensamientos tan extraños, sensaciones tan oscuras, se amontonan en mi cabeza preguntas aún tan poco claras para mí... y, sin embargo, no encuentro ni fuerzas ni ganas de resolverlas. ¡No soy yo quien debe resolver todo eso!

Hoy no nos veremos. Ayer, cuando nos despedíamos, las nubes empezaron a cubrir el cielo y se levantó la niebla. Yo dije que mañana sería un mal día; ella no contestó: no quiso hablar contra sí misma; para ella ese día es luminoso y claro, y ni una nubecilla empañará su felicidad.

—Si llueve, no nos veremos —dijo—. No vendré. Yo creí que ni siquiera se habría fijado en la lluvia de hoy; y, sin embargo, no vino.

Ayer fue nuestra tercera cita, nuestra tercera noche blanca...

Y, no obstante: ¡cómo la alegría y la dicha embelecen al ser humano! ¡cómo hierve el corazón de amor! Parece que uno quiere volcar todo su corazón dentro de otro corazón, quiere que todo sea alegre, que todo se ría. Y qué contagiosa es esa alegría. Ayer había en sus palabras tanta ternura, tanta bondad para conmigo en el corazón... ¡Cómo me cuidaba, cómo se me hacía dulce, cómo me animaba y me mimaba... mi corazón! ¡Oh, cuánto coqueteo nace de la felicidad! Y yo... yo lo tomaba todo al pie de la letra; yo pensaba que ella...

Pero, Dios mío, ¿cómo pude pensarlo? ¿cómo pude ser tan ciego, cuando todo estaba ya tomado por

otro, cuando nada era mío; cuando, al fin, incluso esa misma ternura suya, su solicitud, su amor... sí, su amor hacia mí... no era otra cosa que alegría ante la cita inminente con el otro, el deseo de imponerme a mí también su felicidad?... Cuando él no vino, cuando esperamos en vano, ella frunció el ceño, se acobardó, se asustó. Todos sus movimientos, todas sus palabras ya no fueron tan ligeros, tan juguetones, tan alegres. Y, cosa extraña: redobló su atención hacia mí, como si instintivamente quisiera verter sobre mí aquello mismo que ella deseaba para sí, aquello mismo que temía perder si no se cumplía. Mi Nastenka se acobardó tanto, se asustó tanto, que, al parecer, comprendió por fin que yo la amaba y se apiadó de mi pobre amor. Así es: cuando somos desdichados, sentimos con más fuerza la desdicha ajena; el sentimiento no se rompe, se concentra...

Yo llegué a verla con el corazón lleno, y apenas pude esperar el encuentro. No presentía lo que iba a sentir ahora; no presentía que todo acabaría de este modo, que no se cerraría así. Ella resplandecía de alegría, esperaba una respuesta. La respuesta era él mismo. Él tenía que venir, venir corriendo a su llamado. Ella llegó una hora antes que yo. Al principio se reía de todo, se reía de cada palabra mía. Yo empecé a hablar... y me callé.

—¿Sabe por qué estoy tan contenta? —dijo—, ¿por qué me da tanta alegría mirarlo? ¿por qué lo quiero tanto hoy?

—¿Ah? —pregunté, y el corazón se me echó a temblar.

—Lo quiero porque usted no se enamoró de mí. Porque otro, en su lugar, ya estaría inquieto, pega-

do a mí, suspirando, quejándose, enfermándose de amor... y usted es tan bueno.

Y apretó mi mano con tanta fuerza, que estuve a punto de gritar. Se echó a reír.

—¡Dios! ¡Qué amigo es usted! —empezó al cabo de un minuto, muy seria—. ¡Dios me lo ha enviado! ¿Qué sería de mí si usted no estuviera conmigo ahora? ¡Qué desinteresado es usted! ¡Qué bien me quiere! Cuando yo me case, seremos muy amigos, más que hermanos. Yo lo querré casi tanto como a él... En ese instante me invadió una tristeza horrible; y, sin embargo, algo parecido a la risa se removió en mi alma.

—A usted le ha dado un ataque —dije—; tiene miedo. Usted cree que él no vendrá.

—¡No diga eso! —respondió—. Si yo fuera menos feliz, casi lloraría por su desconfianza, por sus reproches. De todos modos, me ha dado qué pensar, me ha puesto una idea y me ha dejado una preocupación larga; pero pensaré luego, y ahora le confieso que usted dice la verdad. Sí: yo no soy yo misma; estoy toda en la espera y lo siento todo como demasiado ligero. Pero basta, dejemos los sentimientos... En ese momento se oyeron pasos, y en la oscuridad apareció un transeúnte que venía hacia nosotros. Los dos temblamos; ella casi lanzó un grito. Yo solté su mano e hice el gesto de apartarme. Pero nos equivocamos: no era él.

—¿De qué tiene miedo? ¿Por qué me soltó la mano? —dijo, tendiéndomela de nuevo—. ¿Y qué? Lo encontraremos juntos. Quiero que él vea cómo nos queremos el uno al otro.

—¡Cómo nos queremos el uno al otro! —grité yo. «Ay, Nastenka, Nastenka —pensé—, cuánto has dicho con esa palabra. De un amor así, Nastenka, a veces se enfriía el corazón y el alma se vuelve pesada. Tu mano está fría; la mía arde como fuego. Qué ciega eres, Nastenka... ¡Oh, qué insoportable puede ser el feliz en ciertos momentos! Pero yo no podía enfadarme contigo...»

Al fin, mi corazón se desbordó.

—¡Escuche, Nastenka! —grité—. ¿Sabe lo que me pasó hoy, todo el día?

—¿Qué, qué fue? ¡Cuénteme rápido! ¿Por qué se ha callado hasta ahora?

—Ante todo, Nastenka, cuando cumplí todos sus encargos, entregué la carta, estuve con su gente buena, y luego... luego volví a casa y me acosté a dormir.

—¿Eso es todo? —me interrumpió riéndose.

—Sí, casi eso es todo —respondí apretando los dientes, porque ya se me estaban subiendo a los ojos unas lágrimas estúpidas—. Me desperté una hora antes de nuestra cita, pero como si no hubiera dormido. No sé qué me pasaba. Yo iba caminando para contárselo todo, como si el tiempo se hubiera detenido para mí, como si desde ese instante una sola sensación, un solo sentimiento tuviera que quedarse en mí para siempre, como si un minuto tuviera que durar una eternidad y como si toda mi vida se hubiera parado... Cuando desperté, me pareció que un motivo musical, conocido desde hacía mucho, oído en alguna parte antes, olvidado y dulce, se me recordaba ahora. Me pareció que llevaba toda la vida pidiéndome salir del alma, y solo ahora...

—¡Ay, Dios mío, Dios mío! —interrumpió Nastenka—. ¿Pero cómo es eso? No entiendo una palabra.

—Ay, Nastenka... yo quería encontrar la forma de transmitirle esa impresión extraña... —empecé con una voz suplicante en la que todavía se escondía una esperanza, aunque muy lejana.

—¡Vamos, basta, basta! —dijo ella; y en un instante lo adivinó, ¡pícaral!

De pronto se volvió inusualmente habladora, alegre, traviesa. Me tomó del brazo, se reía, quería que yo también me riera, y cada palabra mía, torpe y confundida, le arrancaba una risa tan sonora, tan larga... Yo empezaba a irritarme; y ella, de pronto, se ponía a coquetear.

—Escuche —empezó—: la verdad es que me da un poquito de rabia que usted no se haya enamorado de mí. ¡Vaya uno a entender a los hombres! Pero, aun así, señor inquebrantable, usted no puede negar que me debe elogiar por lo sencilla que soy. Yo se lo digo todo, todo... cualquier tontería que se me cruce por la cabeza.

—¡Escuche! ¿Son las once, me parece? —dije yo, cuando el sonido medido de una campana retumbó desde una torre lejana de la ciudad.

Ella se detuvo de golpe, dejó de reír y empezó a contar.

—Sí... las once —dijo al fin, con una voz tímida, indecisa.

Al instante me arrepentí de haberla asustado, de obligarla a contar las horas, y me maldije por ese arrebató de enojo. Me dio pena por ella, y no sabía cómo expiar mi falta. Empecé a consolarla, a buscar razones para su ausencia, a presentar argumen-

tos, pruebas, justificaciones. A nadie se lo podía engañar con más facilidad que a ella en ese momento; y cualquiera, en una hora así, escucha con alegría cualquier consuelo, y se alegra, se alegra de veras, si existe aunque sea una sombra de explicación.

—Y, además, qué cosa tan cómica —empecé, enardeciéndome cada vez más y complaciéndome en la claridad extraordinaria de mis razonamientos—: no podía venir; ¡hasta a mí me engañó usted y me arrastró, Nastenka, y yo perdí la cuenta del tiempo! Piénselo: apenas habrá recibido la carta; supongamos que no puede venir, supongamos que va a contestar: entonces la respuesta no llegará antes de mañana. Yo iré mañana al alba, y en cuanto sepa algo, se lo haré saber. Suponga, en fin, mil posibilidades: tal vez no estaba en casa cuando llegó la carta, y quizá ni siquiera la ha leído todavía. ¡Todo puede pasar!

—Sí, sí —respondió Nastenka—, no se me había ocurrido; claro, todo puede pasar —continuó con una voz dócil, pero en la que, como un disonante fastidioso, sonaba otro pensamiento, lejano—. Mire lo que hará usted —siguió—: vaya mañana lo más temprano posible y, si recibe algo, avíseme en seguida. Usted sabe dónde vivo, ¿verdad? —y empezó a repetirme su dirección.

Luego se volvió de pronto tan tierna, tan temerosa conmigo... Parecía escuchar con atención lo que yo le decía; pero cuando le hice una pregunta, se quedó callada, se confundió y apartó la cabecita. Yo le miré a los ojos: sí, era eso... estaba llorando. —¿Pero se puede, se puede? ¡Qué niña es usted! ¡Qué chiquillada!.. ¡Vamos!

Intentó sonreír, serenarse; pero le temblaba la barbilla y el pecho todavía se le agitaba.

—Pienso en usted —me dijo después de un breve silencio—; usted es tan bueno, que yo sería de piedra si no lo sintiera. ¿Sabe qué se me ha ocurrido ahora? Los he comparado a los dos. ¿Por qué él... no es usted? ¿Por qué no es como usted? Él es peor que usted, aunque yo lo amo más que a usted. Yo no respondí. Ella, al parecer, esperaba que yo dijera algo.

—Claro que quizá todavía no lo entiendo del todo, no lo conozco del todo. Sabe, yo como que siempre le he tenido miedo; siempre fue tan serio, tan... como orgulloso. Yo sé que solo mira así; que en su corazón hay más ternura que en el mío... Recuerdo cómo me miró aquella vez cuando yo —¿se acuerda?— fui a verlo con mi hatillo; pero, aun así, yo lo respeto demasiado, y da la impresión de que... como si no fuéramos iguales.

—No, Nastenka, no —respondí—: eso significa que usted lo ama más que a nada en el mundo, y que se ama a usted misma mucho menos que a él.

—Sí, pongamos que es así —respondió la ingenua Nastenka—. Pero ¿sabe qué se me ha ocurrido ahora? Solo que ahora no hablaré de él, sino en general; esto se me viene ocurriendo desde hace tiempo. Dígame: ¿por qué no somos todos como hermanos con hermanos? ¿Por qué incluso la mejor persona parece ocultarle siempre algo a otra, y callarse ante ella? ¿Por qué no decir de frente, ahora mismo, lo que uno tiene en el corazón, si sabe que no está tirando su palabra al viento? Y es

que cada cual mira como si fuera más severo de lo que realmente es; como si todos temieran ofender sus propios sentimientos si los muestran demasiado pronto...

—Ah, Nastenka, usted dice la verdad; pero eso viene de muchas causas —la interrumpí, yo, que más que nunca en ese instante estaba conteniendo mis sentimientos.

—No, no —respondió con hondo sentimiento—. Mire, usted, por ejemplo, no es como los demás. Yo no sé cómo explicarle lo que siento; pero me parece que usted... por ejemplo, aunque sea ahora... me parece que usted está sacrificando algo por mí —añadió con timidez, lanzándome una mirada rápida—. Perdóneme si le hablo así: yo soy una muchacha simple; he visto poco mundo y, la verdad, a veces no sé hablar —agregó con una voz que temblaba por algún sentimiento oculto, mientras procuraba sonreír—; pero solo quería decirle que estoy agradecida, que yo también siento todo eso... ¡Dios le dé felicidad por ello! Y aquello que usted me dijo entonces de su soñador... es completamente falso; es decir, quiero decir: no se le aplica a usted en absoluto. Usted se está curando; de verdad, usted es otro hombre distinto del que se describió. Si alguna vez ama, ¡Dios le dé dicha con ella! Y a ella no le deseo nada, porque será feliz con usted. Yo lo sé: yo misma soy mujer y usted debe creerme cuando se lo digo...

Se calló y me apretó la mano con fuerza. Yo tampoco podía hablar de la emoción. Pasaron unos minutos.

—Sí, se ve que hoy no vendrá —dijo al fin, alzando la cabeza—. Es tarde...

—Vendrá mañana —dije con la voz más firme y convincente.

—Sí —añadió, animándose—: ahora yo misma veo que solo vendrá mañana. Bueno, ¡hasta luego! ¡hasta mañana! Si llueve, quizá no venga. Pero pasado mañana vendré; vendré sin falta, pase lo que pase. Usted esté aquí sin falta: quiero verlo; quiero contárselo todo.

Y luego, cuando nos despedíamos, me tendió la mano y, mirándome con claridad, dijo:

—Ahora ya estamos juntos para siempre, ¿verdad? ¡Oh, Nastenka, Nastenka! Si supieras en qué soledad estoy ahora...

Cuando dieron las nueve, no pude quedarme en mi cuarto: me vestí y salí, pese al mal tiempo. Fui allá, me senté en nuestro banco. Estuve a punto de ir a su callejón; pero me dio vergüenza y regresé sin mirar sus ventanas, sin llegar a dos pasos de su casa. Volví a casa con una tristeza que nunca antes había conocido. ¡Qué tiempo húmedo, qué tiempo aburrido! Si hubiera hecho buen tiempo, me habría quedado paseando allí toda la noche...

Pero hasta mañana, hasta mañana. Mañana ella me lo contará todo.

Sin embargo, hoy no hubo carta. Pero, en fin, así tenía que ser. Ellos ya están juntos...

NOCHE CUARTA

¡Dios mío, cómo terminó todo esto! ¡En qué terminó todo esto! Llegué a las nueve. Ella ya estaba allí. La vi desde lejos; estaba de pie, como aquella primera vez, apoyada en la baranda del malecón, y no oyó cómo me acerqué.

—¡Nastenka! —la llamé, reprimiendo a duras penas mi agitación.

Se volvió rápidamente hacia mí.

—¡Bueno! —dijo—. ¡Bueno! ¡Rápido!

La miré sin entender.

—Bueno, ¿dónde está la carta? ¿Trajo la carta? —repitió, aferrándose con la mano a la baranda.

—No, no tengo ninguna carta —dije al fin—. ¿Es que él todavía no ha venido?

Se puso terriblemente pálida y durante un largo rato me miró inmóvil. Yo acababa de destrozar su última esperanza.

—¡Bueno, que sea lo que Dios quiera! —murmuró por fin, con la voz entrecortada—. Que sea lo que Dios quiera... si es así como me deja.

Bajó los ojos; luego quiso mirarme, pero no pudo. Durante unos minutos luchó por contenerse; de pronto se volvió, apoyándose en la balaustrada del malecón, y rompió a llorar.

—¡Vamos, vamos! —empecé a decir yo; pero me faltaron fuerzas para continuar al verla, y, además, ¿qué habría podido decir?

—No me consuele —decía entre sollozos—. No hable de él; no diga que vendrá, que no me ha abandonado tan cruelmente, tan inhumanamente





como lo hizo. ¿Por qué, por qué? ¿Es que había algo en mi carta, en esa carta desgraciada?...

Los sollozos le cortaron la voz; a mí se me desgarraba el corazón al verla así.

—¡Oh, qué cruelmente inhumano es esto! —empezó de nuevo—. ¡Y ni una línea, ni una línea! ¡Que al menos respondiera que no me necesita, que me rechaza! ¡Pero ni una sola línea en tres días enteros! ¡Qué fácil le resulta ofender, herir a una pobre muchacha indefensa, cuya única culpa es amarlo! ¡Oh, cuánto he soportado estos tres días! ¡Dios mío, Dios mío! Cuando recuerdo que fui a verlo yo misma por primera vez, que me humillé ante él, que lloré, que le supliqué aunque fuera una gota de amor... ¡y después de eso!... Escuche —dijo, volviéndose hacia mí, y sus ojos negros centellearon—: no, esto no es así. ¡No puede ser así; es antinatural! O usted o yo nos hemos equivocado; tal vez no recibió la carta. Tal vez hasta ahora no sabe nada. ¿Cómo se puede —juéguelo usted mismo, dígamelo por Dios, explíquemelo—, no lo entiendo... cómo se puede actuar con esa barbarie, con esa grosería, como él actuó conmigo? ¡Ni una palabra! Hasta con el último hombre sobre la tierra se tiene más compasión. ¿Habrá oído algo? ¿Alguien le habrá hablado de mí? —gritó, interpe-lándome—. ¿Qué cree usted? ¿Cómo lo ve?

—Escuche, Nastenka: mañana iré a verlo en su nombre.

—¡Bueno!

—Le preguntaré todo, se lo contaré todo.

—¡Bueno, bueno!

—Usted escriba una carta. No diga que no, Nastenka; no diga que no. Yo haré que respete su gesto; lo sabrá todo, y si...

—No, amigo mío, no —me interrumpió—. ¡Basta! Ni una palabra más, ni una sola palabra mía, ni una línea... basta. No lo conozco, ya no lo amo, yo lo... lo olvi...da...

No terminó.

—Tranquilícese, tranquilícese. Siéntese aquí, Nastenka —dije, haciéndola sentar en el banco.

—Estoy tranquila. ¡Vamos! ¡Esto es así! Son lágrimas; se secarán. ¿Qué cree usted: que voy a perderme, que voy a tirarme al agua?...

Mi corazón estaba lleno; quise hablar, pero no pude.

—Escuche —continuó, tomándome de la mano—, dígame: ¿usted habría hecho eso? ¿Habría abandonado a la que viniera a usted por su propio pie? ¿Le habría arrojado a la cara una burla descarada por su corazón débil y tonto? ¿La habría protegido? ¿Se habría imaginado que estaba sola, que no supo vigilarse, que no supo guardarse del amor por usted; que no tiene la culpa; que, al fin y al cabo, no tiene la culpa... que no hizo nada? ¡Dios mío, Dios mío!...

—¡Nastenka! —grité por fin, incapaz de dominarme—. ¡Nastenka, me está atormentando! ¡Me corroe el corazón, me mata, Nastenka! ¡No puedo callar! Tengo que hablar al fin, decir lo que se me ha acumulado aquí, en el corazón...

Mientras decía esto, me incorporé del banco. Ella me tomó de la mano y me miró con asombro.

—¿Qué le pasa? —dijo al cabo.

—Escuche —dije con decisión—. Escúcheme, Nastenka. Todo lo que voy a decir ahora es un disparate, un imposible, una tontería. Sé que nunca puede suceder, pero no puedo callar. En nombre de lo que usted sufre ahora, le ruego de antemano: ¡perdóneme!...

—¿Qué, qué? —decía ella, dejando de llorar y mirándome fijamente, mientras un extraño interés brillaba en sus ojitos sorprendidos—. ¿Qué le pasa?

—Es imposible, pero la amo, Nastenka. ¡Eso es! Ya está dicho todo —dije, agitando la mano—. Ahora verá si puede hablarme como me hablaba hace un momento, si puede, en fin, escuchar lo que yo le diga...

—¿Y qué, y qué? —me interrumpió Nastenka—. ¿Y qué con eso? Yo ya sabía desde hace tiempo que usted me ama, solo que siempre me pareció que me amaba así... sencillamente, de algún modo... ¡Ay, Dios mío, Dios mío!

—Al principio era “así”, Nastenka, pero ahora, ahora... yo estoy igual que usted cuando fue a verlo entonces con su hatillo. Peor que usted, Nastenka, porque él entonces no amaba a nadie, y usted ama.

—¿Qué me está diciendo? Ya no lo entiendo en absoluto. Pero escuche: ¿por qué es esto... no por qué, sino cómo... cómo es que de pronto... Dios mío, digo tonterías. Pero usted...

Y Nastenka se confundió por completo. Se le encendieron las mejillas; bajó los ojos.

—¿Qué hacer, Nastenka, qué he de hacer? Soy culpable, he abusado... Pero no, no: no soy culpable, Nastenka. Lo oigo, lo siento, porque mi corazón

me dice que tengo razón; porque yo no puedo ofenderla en nada, no puedo insultarla en nada. Yo era su amigo; y ahora también soy su amigo; no he cambiado en nada. Mire: ahora me corren las lágrimas, Nastenka. Déjelas correr; que corran... no estorban a nadie. Se secarán, Nastenka...

—Siéntese, siéntese —dijo, haciéndome sentar en el banco—. ¡Ay, Dios mío!

—¡No! Nastenka, no me sentaré; ya no puedo estar aquí; ya no puede verme. Lo diré todo y me iré. Solo quiero decir que usted nunca habría sabido que la amo. Yo habría enterrado mi secreto. No la habría atormentado ahora, en este instante, con mi egoísmo. No. Pero no pude soportarlo. Usted misma habló de ello; usted tiene la culpa, usted tiene la culpa de todo, y yo no. Usted no puede echarme de su lado...

—No, no; no lo echo, no —decía Nastenka, ocultando como podía su turbación, pobrecita.

—¿No me echa? No. Y yo estaba a punto de huir de usted. Me iré, sí; pero antes lo diré todo, porque cuando usted hablaba aquí, yo no podía quedarme sentado; cuando lloraba aquí, cuando se desgarraba por eso, bueno, por eso (lo diré, Nastenka), por eso de que la rechazan, de que le apartan su amor... yo sentí, yo oí que en mi corazón había tanta, tanta amor para usted, Nastenka, ¡tanto amor!... Y me dolió tanto no poder ayudarla con ese amor... que el corazón se me partió, y yo... yo no pude callar, tuve que hablar, Nastenka; ¡tuve que hablar!...

—Sí, sí, hábleme, hábleme así —dijo Nastenka con un movimiento inexplicable—. Tal vez le parezca

extraño que yo le hable así, pero... ¡hable! Después yo le diré; se lo contaré todo.

—A usted le doy lástima, Nastenka; solo le doy lástima, amiguita mía. Lo que se perdió, se perdió; lo dicho, dicho está; no se puede volver atrás. ¿No es así? Bien, pues ahora usted lo sabe todo. Ese es el punto de partida. Bien. Todo esto está muy bien, precioso; pero escúcheme. Cuando usted estaba sentada llorando, yo pensaba para mí (¡ay, déjeme decir lo que pensé!), pensaba que... (claro, esto no puede ser, Nastenka)... pensaba que usted... pensaba que de algún modo... de un modo completamente ajeno, por cualquier razón, ya no lo amaba. Entonces... eso lo pensé ayer y anteayer, Nastenka... entonces yo habría hecho esto: yo habría hecho, sin falta, que usted me amara; porque usted lo dijo, porque usted misma dijo, Nastenka, que ya casi me amaba. ¿Y qué sigue? Pues casi eso era todo lo que quería decir; solo queda decir qué habría pasado si usted me hubiera amado; solo eso, nada más. Escuche, amiga mía —porque al fin y al cabo usted es mi amiga—: yo soy, por supuesto, un hombre simple, pobre, insignificante; pero no se trata de eso (estoy hablando de lo que no es, es por la confusión, Nastenka); se trata de que yo la amaría, la amaría tanto, que aunque usted siguiera amándolo a él y siguiera amando a ese hombre que yo no conozco, aun así usted no notaría que mi amor fuera para usted una carga. Usted solo oiría, solo sentiría cada minuto que a su lado late un corazón agradecido, agradecido, un corazón ardiente que por usted... ¡Ay, Nastenka, Nastenka! ¿Qué me ha hecho?...

—No llore; no quiero que llore —dijo Nastenka, levantándose rápidamente del banco—. Vamos, levántese, venga conmigo. No llore, no llore —decía, secándose las lágrimas con su pañuelo—. Vamos ahora; quizá le diga algo... Sí: si ahora él me ha dejado, si me ha olvidado, aunque yo todavía lo amo (no quiero engañarlo)... pero escúcheme, contéteme. Si yo, por ejemplo, lo amara a usted, es decir, si yo solo... ¡Ay, amigo mío, amigo mío! Cuando pienso, cuando pienso que yo lo ofendía entonces, que me reía de su amor cuando lo alababa por no haberse enamorado... ¡Dios mío! ¿Cómo no lo preví, cómo no lo preví, qué tonta fui! Pero... bueno, bueno: ya me decidí, lo diré todo...

—Escuche, Nastenka, ¿sabe qué? Me voy de su lado, eso es. Solo la estoy haciendo sufrir. Ahora usted tiene remordimientos por haberse burlado, y yo no quiero... sí, no quiero que, además de su dolor... Yo, claro, soy culpable, Nastenka, pero... ¡adiós!

—Espere, escúcheme: ¿puede usted esperar?

—¿Esperar qué? ¿Cómo?

—Yo lo amo; pero eso pasará, debe pasar; no puede no pasar; ya pasa, lo siento... Quién sabe: quizá hoy mismo termine, porque lo odio, porque se burló de mí, mientras usted lloraba aquí conmigo; porque usted no me habría rechazado como él; porque usted ama y él no me amaba; porque yo a usted, al fin... lo amo yo misma... sí, ¡lo amo! lo amo como usted me ama; yo misma se lo dije antes, usted lo oyó... lo amo porque usted es mejor que él, porque usted es más noble que él, porque... porque él...

La conmoción de la pobrecita era tan grande que no terminó; apoyó la cabeza en mi hombro, luego en mi pecho, y rompió a llorar amargamente. Yo la consolaba, le hablaba, pero no podía parar; me apretaba la mano y decía entre sollozos: “Espere, espere; ya... ya estoy; voy a parar... Yo quiero decirle... no piense que estas lágrimas... es solo debilidad; espere, deje que pase...”

Al fin se calmó, se secó las lágrimas y seguimos andando. Yo quise hablar, pero ella me pidió todavía que esperara. Nos quedamos callados... Por fin reunió valor y empezó a hablar.

—Mire —comenzó con una voz débil y temblorosa, pero en la que de pronto sonó algo que se me clavó directamente en el corazón y me dejó un dulce dolor—: no crea que soy tan voluble, tan ligera; no crea que puedo olvidar y cambiar tan fácil y tan pronto... Yo lo amé un año entero, y juro por Dios que nunca, nunca, ni siquiera en pensamiento, le fui infiel. Él despreció eso; se burló de mí... que sea lo que Dios quiera. Pero me hirió, ofendió mi corazón. Yo... yo no lo amo, porque solo puedo amar lo que es generoso, lo que me entiende, lo que es noble; porque yo misma soy así, y él no me merece... en fin, que sea lo que Dios quiera. Mejor así, mejor esto que yo me engañara después en mis esperanzas y llegara a saber quién era... Ya está: terminado. Pero quién sabe, buen amigo mío —continuó, apretándome la mano—, quién sabe: quizá todo mi amor no fue más que un engaño de los sentimientos, de la imaginación; quizá empezó como una travesura, una tontería, porque yo estaba vigilada por mi

abuela. Quizá yo debía amar a otro, no a él; no a un hombre así, sino a otro que se compadeciera de mí y... y... En fin, dejemos esto, dejemos esto — se interrumpió, ahogándose de emoción—; yo solo quería decirle... quería decirle que sí, a pesar de que yo lo amo (no, lo amaba), sí, a pesar de eso, usted todavía dice... si usted siente que su amor es tan grande que puede, al fin, expulsar de mi corazón el anterior... si usted quiere compadecerse de mí, si no quiere dejarme sola con mi destino, sin consuelo, sin esperanza; si quiere amarme siempre, como me ama ahora, entonces juro que mi gratitud... que mi amor, al fin, será digno de su amor... ¿Tomará usted ahora mi mano?

—Nastenka —grité, ahogándome en sollozos—. ¡Nastenka!.. ¡Oh, Nastenka!...

—Bueno, basta, basta... ahora basta del todo — dijo, venciendo apenas su emoción—. Ya está todo dicho, ¿verdad? ¿Sí? Bueno: usted es feliz y yo soy feliz. Ni una palabra más de esto. Espere; tenga piedad de mí... Hablemos de otra cosa, por Dios...

—Sí, Nastenka, sí; basta de esto; ahora soy feliz, yo... Vamos, Nastenka; hablemos de otra cosa, rápido, rápido. Sí, estoy listo...

Y no sabíamos qué decir: reíamos, llorábamos, decíamos miles de palabras sin hilo ni pensamiento; caminábamos por la acera, de pronto dábamos media vuelta y nos poníamos a cruzar la calle; luego nos deteníamos y volvíamos al malecón. Éramos como niños...

—Ahora vivo solo, Nastenka —empecé—, pero mañana... Claro, ya sabe, Nastenka: soy pobre; tengo apenas mil doscientos, pero eso no importa...

—Por supuesto que no. Y la abuela tiene su pensión; así que no nos apretará. Hay que llevarnos a la abuela.

—Claro, hay que llevarnos a la abuela... Solo que Matrióna...

—¡Ah, y nosotros también tenemos a Fekla!

—Matrióna es buena; solo tiene un defecto: no tiene imaginación, Nastenka; ninguna imaginación; pero no importa...

—Da igual: pueden estar juntas; solo que mañana se muda usted con nosotros.

—¿Cómo que con ustedes? Bien, estoy listo...

—Sí, alquile con nosotros. Arriba tenemos el altillo; está vacío. Vivía una inquilina, una viejecita, noble; se mudó. Y la abuela, lo sé, quiere dejar entrar a un joven. Yo le digo: “¿Para qué un joven?” Y ella: “Así, porque ya soy vieja; pero no vayas a pensar, Nastenka, que quiero casarte con él”. Y yo adiviné que era por...

—¡Ah, Nastenka!...

Y ambos nos reímos.

—Bueno, ya, ya. ¿Y dónde vive usted? Se me olvidó.

—Allí, junto al puente de —ski, en la casa de Baránnikov.

—¿Esa casa grande?

—Sí, esa casa grande.

—Ah, la conozco: es una buena casa; pero deje eso y múdese con nosotros cuanto antes...

—Mañana mismo, Nastenka, mañana mismo. Debo un poco de renta allí, pero no importa... Pronto cobraré el sueldo...

—Y sabe: quizá yo dé clases; yo misma estudiaré y daré clases...

—Perfecto... y yo pronto recibiré un ascenso, Nastenka...

—Así que mañana usted será mi inquilino...

—Sí, y iremos a ver *El barbero de Sevilla*, porque pronto la repondrán.

—Sí, iremos —dijo riéndose Nastenka—. No, mejor no escuchamos *El barbero*, sino otra cosa...

—Bueno, otra cosa; claro, será mejor; no se me había ocurrido...

Y mientras hablábamos, caminábamos como en un trance, en una niebla, como si no supiéramos nosotros mismos qué nos pasaba. A veces nos deteníamos y hablábamos largo rato en el mismo sitio; luego volvíamos a andar y llegábamos quién sabe dónde; y otra vez risas, otra vez lágrimas... A veces Nastenka de pronto quería irse a casa; yo no me atrevía a retenerla y quería acompañarla hasta la puerta misma; emprendíamos el camino y, de pronto, al cabo de un cuarto de hora, nos encontrábamos otra vez en el malecón, junto a nuestro banco. A veces suspiraba y le asomaba de nuevo una lágrima a los ojos; yo me acobardaba, me helaba... Pero ella me apretaba la mano y me arrastraba otra vez a caminar, a hablar, a decir tonterías...

—Ya es hora, es hora de que me vaya a casa; creo que es muy tarde —dijo al fin Nastenka—. ¡Basta de hacer el niño!

—Sí, Nastenka, solo que ahora ya no dormiré; yo no iré a casa.

—Yo tampoco creo que duerma; pero acompáñeme...

—¡Por supuesto!

—Pero ahora sí llegaremos, sin falta, al piso.

—Sin falta, sin falta...

—¿Palabra de honor?... porque hay que volver a casa alguna vez.

—Palabra de honor —respondí riéndome...

—Bueno, vámonos.

—Vámonos.

—Mire el cielo, Nastenka, mire. Mañana será un día maravilloso; qué cielo tan azul, qué luna... Mire: esa nube amarilla la está tapando ahora; mire, mire... No: ya pasó de largo. Mire, mire...

Pero Nastenka no miraba la nube; estaba inmóvil, callada, como clavada al suelo. Al cabo de un minuto empezó a apretarse contra mí de un modo tímido, estrecho. Su mano tembló dentro de la mía; la miré... Se apoyó en mí con más fuerza.

En ese momento pasó junto a nosotros un joven. Se detuvo de pronto, nos miró fijamente, y luego dio unos pasos más. A mí me tembló el corazón...

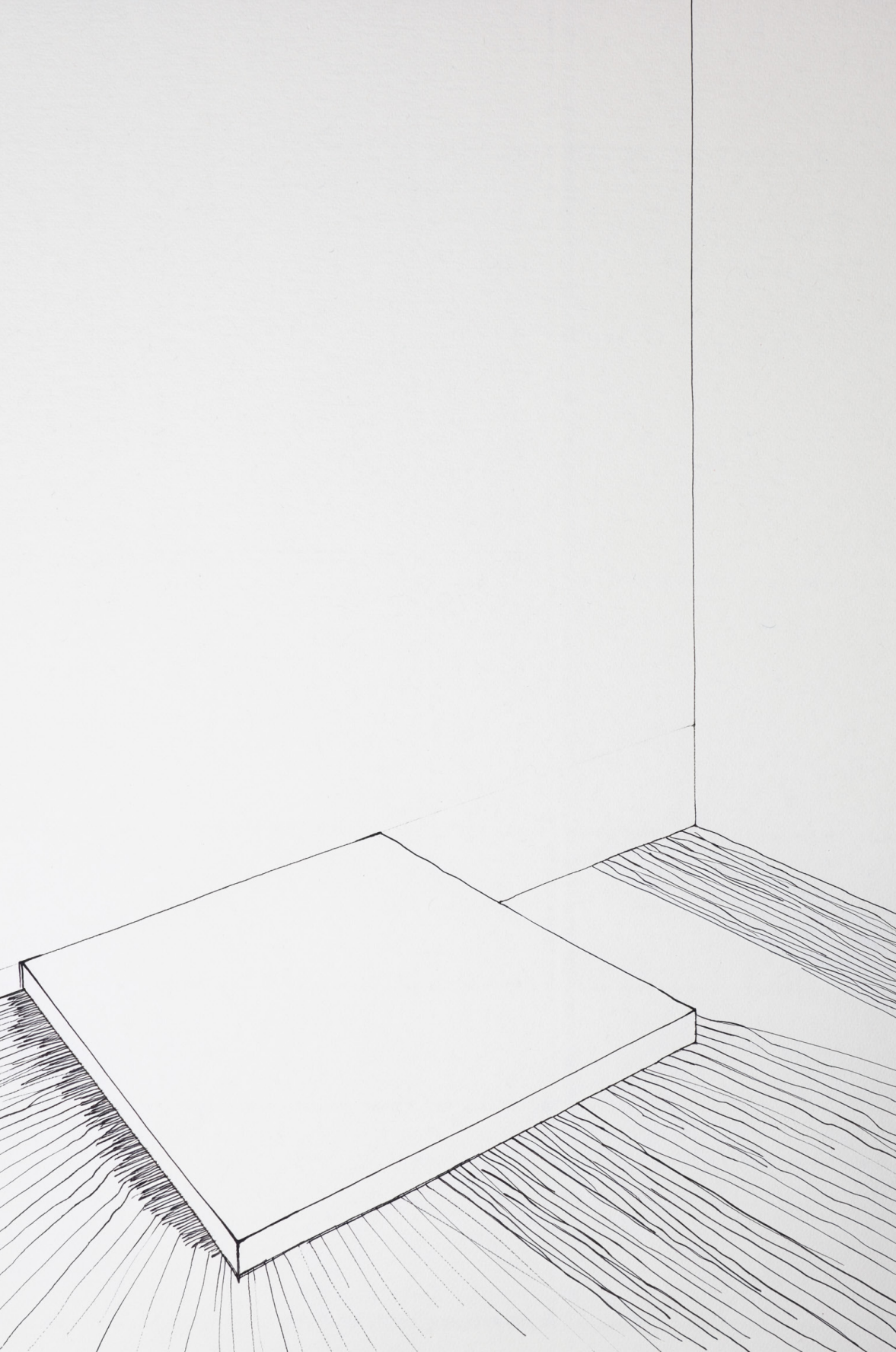
—Nastenka —dije en voz baja—, ¿quién es, Nastenka?

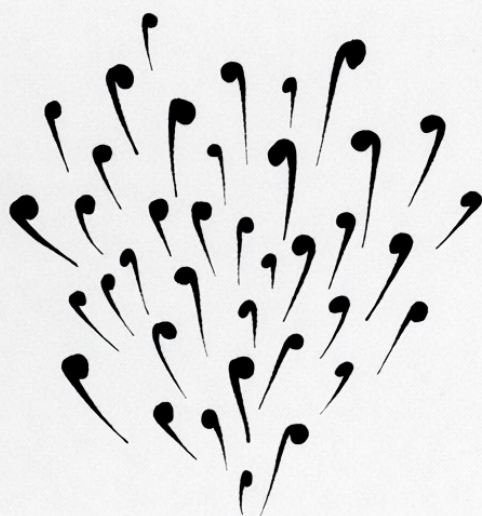
—Es él —respondió en un susurro, apretándose a mí aún más cerca, aún más temblorosa... Yo apenas me sostuve en pie.

—¡Nastenka! ¡Nastenka! ¡Eres tú! —se oyó una voz detrás de nosotros, y en ese mismo instante el joven se acercó unos pasos.

¡Dios mío, qué grito! ¡Cómo se estremeció! ¡Cómo se soltó de mis manos y echó a volar hacia él!... Yo me quedé de pie, mirándolos como muerto. Pero apenas le dio la mano, apenas se lanzó a sus brazos, cuando de pronto se volvió hacia mí, apareció a mi lado como el viento, como un rayo, y antes de que yo pudiera reaccionar, me rodeó el cuello con

ambos brazos y me besó con fuerza, con ardor. Luego, sin decirme una palabra, corrió de nuevo hacia él, le tomó las manos y lo llevó tras de sí. Me quedé largo rato allí, viéndolos alejarse... Al fin los dos desaparecieron de mi vista.





MAÑANA

Mis noches terminaron en la mañana. El día era malo. Llovía y golpeaba con desaliento mis cristales; la habitación estaba oscura; afuera, el patio se veía encapotado. Me dolía la cabeza y me daba vueltas; una fiebre se me iba deslizando por el cuerpo.

—Una carta para usted, padrecito, por el correo de la ciudad; la trajo el cartero —dijo sobre mí Matrena.

—¿Una carta? ¿De quién? —grité, saltando de la silla.

—No lo sé, padrecito; mire, quizá allí mismo diga de quién es.

Rompí el sello. ¡Era de ella!

“¡Oh, perdóneme, perdóneme! —me escribía Nas-ténka—; de rodillas le suplico: ¡perdóneme! He engañado a usted y me he engañado a mí misma. Fue un sueño, un fantasma... Hoy he sufrido por usted; ¡perdóneme, perdóneme!

No me culpe, porque en nada he cambiado ante usted: dije que lo amaría y ahora lo amo, más de lo que amo. ¡Oh, Dios! ¡Si pudiera amarlos a los dos a la vez! ¡Oh, si usted fuese él!”

“¡Oh, si él fuese usted!”, pasó volando por mi cabeza. ¡Recordé tus propias palabras, Nasténka!

“Dios sabe lo que ahora haría por usted. Sé que a usted le duele y le entristece. Yo lo he ofendido; pero usted sabe: cuando se ama, ¿cuánto tiempo se guarda una ofensa? ¡Y usted me ama!

Gracias; sí, gracias por ese amor. Porque en mi memoria ha quedado impreso como un sueño dulce que se recuerda largo tiempo después de despertar;

porque recordaré para siempre aquel instante en que usted, tan fraternalmente, me abrió su corazón y, con tanta grandeza de ánimo, aceptó como un don el mío —herido— para guardarlo, cuidarlo, curarlo...

Si usted me perdona, el recuerdo de usted se alzará en mí como un sentimiento eterno y agradecido hacia usted, que jamás se borrará de mi alma. Guardaré ese recuerdo; le seré fiel; no le faltaré; no le faltaré a mi corazón: es demasiado constante. Ayer mismo volvió tan pronto hacia aquel a quien pertenecía para siempre.

Nos veremos; usted vendrá a casa; no nos abandonará; será por siempre mi amigo, mi hermano... Y cuando usted me vea, me dará su mano, ¿verdad? Me la dará... Usted me ha perdonado, ¿no es cierto? ¿Me quiere como antes?

Oh, quíerame; no me deje, porque en este instante lo quiero tanto, porque soy digna de su amor, porque lo mereceré... ¡amigo mío querido! La semana próxima me caso con él. Ha vuelto enamorado; nunca me olvidó... No se enfade por haberle escrito de él. Pero quiero ir a verlo junto con él; usted lo querrá, ¿verdad?

Perdone; recuerde y quiera a su

Nasténka”.

Releí aquella carta durante largo rato; las lágrimas se me subían a los ojos. Por fin se me cayó de las manos, y me cubrí el rostro.

—¡Pichoncito! ¡Ay, pichoncito! —empezó Matrena.

—¿Qué, vieja?

—Que ya quité toda la telaraña del techo; ahora, aunque

se case, aunque invite gente, ya puede ser enseguida... Miré a Matrena... Era todavía una vieja joven y vivaracha; pero no sé por qué, de pronto se me figuró con la mirada apagada, con arrugas en el rostro, encorvada, decrepita... No sé por qué, de pronto me pareció que mi habitación había envejecido igual que la vieja. Las paredes y el piso se veían descoloridos; todo había perdido brillo; había aún más telarañas.

No sé por qué, cuando miré por la ventana me pareció que la casa de enfrente también se había avejentado y apagado; que el yeso de las columnas se había desprendido y caído; que las cornisas se habían ennegrecido y agrietado; y que las paredes, antes de un amarillo oscuro y vivo, se habían vuelto manchadas...

¿O fue que un rayo de sol, al asomarse de pronto por detrás de una nube, volvió a esconderse bajo la nube de lluvia y todo se apagó otra vez ante mis ojos? ¿O quizá, ante mí, se desplegó de manera tan inhóspita y triste la perspectiva entera de mi porvenir, y me vi tal como estoy ahora, dentro de quince años exactos: envejecido, en la misma habitación, igual de solo, con la misma Matrena, que en todos esos años no se habría vuelto ni un poco más inteligente?

¡Pero que yo recordara mi ofensa, Nasténka! ¡Que yo ensombreciera con una nube negra tu dicha clara y serena; que, con un reproche amargo, sembrara tristeza en tu corazón; que lo hiriera con un remordimiento secreto y lo obligara a latir con angustia en el instante de felicidad; que maltratara siquiera una de esas flores delicadas que entretejiste en tus

negros rizos cuando fuiste con él al altar...! ¡Oh, nunca, nunca! Que tu cielo sea claro; que sea luminosa y apacible tu dulce sonrisa; que seas bendita por el instante de dicha y felicidad que diste a otro corazón solitario y agradecido.

¡Dios mío! ¡Un minuto entero de dicha! ¿Acaso eso es poco, aunque sea para toda una vida humana?

Contenido

NOCHE PRIMERA	13
NOCHE SEGUNDA	31
HISTORIA DE NASTENKA	56
NOCHE TERCERA	73
NOCHE CUARTA	82
MAÑANA	99

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 3 días del mes de enero de 2026, el mismo día pero de 2015 en que fallece el locutor y músico Víctor Alvarado Vélchez (nació en Isla de Toas, el 28 de diciembre de 1938) conocido como “El Cantor de la Isla”. De una exitosa trayectoria con Canto a mi Toas, Mi Silencio, Alcohol y llanto, Padre mío, A mi madre y otras composiciones, que le mereció numerosos reconocimientos como el Mara de Oro (12), el Espectáculo Internacional, el Micrófono de Oro (en seis ocasiones) y el Estrellas de Venezuela, entre otros. Editó 23 discos de larga duración, desde aquel Isla de Toas (1957) inspirado en su tierra natal, que lo dio a conocer e impuso temas como Ojos verdes, Dile a tus ojos, Mi silencio, Fuego lento, Serenatas, Para usted, El amor aquel, Esa es mi razón, Mi diosa Toas, entre otros que formaban su obligado repertorio en cada actuación, por exigencia del público, además de las composiciones de su paisano Leví Parra como Canto a mi Toas, danza zuliana que lo dio a conocer. Sólo su temor a los viajes impidió su mayor proyección en el medio artístico nacional e internacional; durante más de cuarenta años cantó en la región, como defensor a ultranza de la música zuliana y fue fiel exponente de la danza, la contradanza y el bambuco, además del bolero. Es interesante recordar su incursión como solista gaitero con el conjunto San Isidro, en 1963, cuando interpretó con éxito Añoranza de Heberto J. Pedraja y también Canto a mí Venezuela, de Jesús Socorro. Fue exaltado a patrimonio musical del estado Zulia, por el decreto número 13-A de la Gobernación del estado Zulia, el 23 de agosto de 1993, además de ser hijo ilustre de Isla de Toas, hijo ilustre del estado Trujillo e hijo adoptivo de Perijá. Se desempeñó como locutor, graduado en Caracas en 1967, en las emisoras Radio Turismo, Radio Valera y Radio Trujillo, lo cual abandonó por los escenarios artísticos.